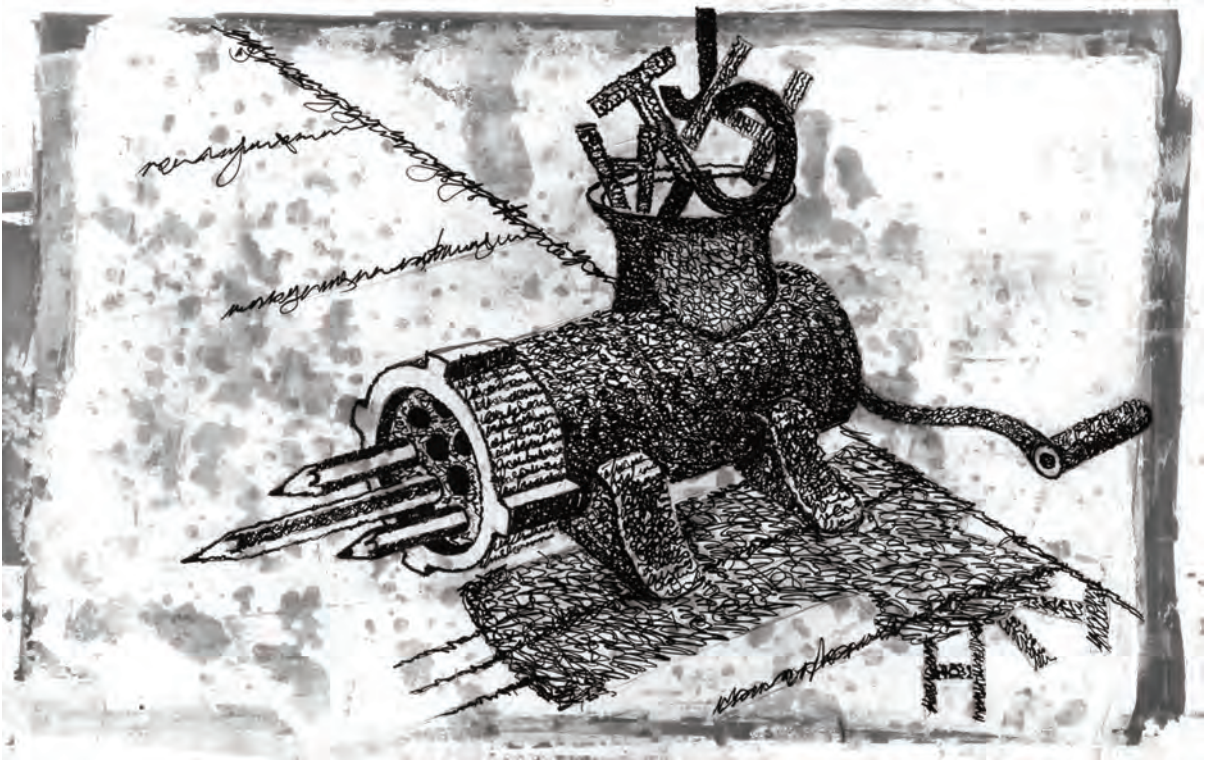


Una encuesta de *Políticas de la Memoria*

Peronismo y Cultura de Izquierdas

El ascenso y la hegemonía política del kirchnerismo configuran una experiencia de indudable impacto en la historia contemporánea argentina. Al asumir decididamente algunas banderas progresistas, y al recubrirlas de una retórica que hace gala de una vocación transformadora y de justicia, el kirchnerismo cautivó a porciones significativas de las sensibilidades afines a las izquierdas. Como supo señalar Carlos Altamirano en el prólogo a la reedición de su **Peronismo y cultura de izquierda** de 2011, el movimiento encabezado por Néstor y Cristina Kirchner ha prohiado una renovada zona de contacto entre esos dos polos evocados en el título de su libro, una situación difícilmente imaginable una década atrás. Así dispuesto el escenario, hay que decir que el debate en torno a este fenómeno, acerca de sus raíces en el pasado y sus implicancias presentes y futuras, está lejos de haberse agotado. Puede decirse que una corriente de opinión orbita en torno a la creencia de que el kirchnerismo constituye una oportunidad única de cambio en la historia de un país que ha navegado varias crisis en las últimas décadas, y que el peronismo es la única fuerza capaz de llevar a cabo políticas de transformación social; mientras que otra desgrana argumentos que buscan poner en duda que los resultados reales de la política practicada por el kirchnerismo tengan como correlato una efectiva radicalización de la democracia, al tiempo que advierte acerca del pesado lastre que el rumbo estratégico de desarrollo elegido puede traer aparejado para las generaciones venideras. Con todo, el tono encendidamente ideológico y las asperezas propias de las coyunturas políticas han tendido a imantar las diversas posturas a los casilleros preestablecidos de “kirchnerismo” y “anti-kirchnerismo”. Ante este marco, desde **Políticas de la Memoria**, el anuario de investigación e información del CeDInCI, que cuenta entre sus principales propósitos la interrogación crítica del pasado y el presente de las izquierdas argentinas y mundiales, se propone disponer un espacio para este importante debate bajo la forma de una encuesta a una serie significativa de intelectuales, militantes y figuras del espacio cultural y político.



- 1) Si es cierto que la cultura de izquierdas remite a la tradición ilustrada, y la cultura peronista (hoy hegemónica) proviene, vía el nacionalismo, de la tradición historicista romántica, ¿cualquier futuro para la izquierda debería implicar deshacerse de sus raíces iluministas o bien reafirmar las promesas incumplidas de la modernidad? ¿Cree usted que la tradición de izquierdas debería buscar algún tipo de aproximación, articulación o síntesis con la tradición historicista-romántica-nacionalista? ¿O debería actualizar su programa teórico y político sobre la base de una reafirmación crítica de su tradición histórica? ¿Qué retos adicionales le ha planteado a estas tensiones el escenario así llamado posmoderno?

- 2) Se ha señalado que la cultura de izquierdas, de hondas raíces en la Argentina de 1890-1943, quedó condenada a la marginalidad desde la emergencia del peronismo y hasta el presente. Se ha dicho también que la cultura de izquierdas, si bien se reactiva en momentos críticos (1955-58, 1969-73, 1982-83; 1989, 2001-02), queda restringida al catastrofismo y la testimonialidad cuando el peronismo logra rehacer su hegemonía. ¿Cree usted que el único lugar que le queda la izquierda es el de la espera mesiánica del momento de la Gran Crisis, o puede construir, incluso en el marco de la hegemonía peronista/kirchnerista, poder social y político? En ese caso, ¿dónde anida hoy la cultura de izquierdas?

Zona de tensión

Encuesta sobre peronismo y cultura de izquierdas

Gerardo Aboy Carlés / Ezequiel Adamovsky / Gonzalo Aguilar / Eduardo Anguita / Martín Bergel / José Pablo Feinmann / José Fernández Vega / Nicolás Freibrun / Alejandro Grimson / Roberto Jacoby / Alejandro Kaufman / Martín Mosquera / Amílcar Salas Oroño / Jorge Sanmartino / Beatriz Sarlo / Daniel Sazbón / Pablo Solana / Pablo Stefanoni / Horacio Tarcus

Gerardo Aboy Carlés

1.

Las tradiciones político intelectuales suelen ser un complejo artificio del historiador. Si bien autores y actores declaran muchas veces por sí mismos esta inscripción, lo cierto es que en general elementos característicos de tradiciones supuestamente antagónicas se encuentran muchas veces yuxtapuestos o hibridados en discursos sincréticos más o menos acabados. Hay en la re-construcción de tradiciones mucho de aquellos intentos de esbozar tipologías ideales que buscaban construir una síntesis paradigmática a partir de ciertos rasgos distintivos de dudosa encarnadura empírica. La tradición historicista romántica aparece como el nombre con el que se caracteriza a una serie de discursos que reaccionaron polémicamente al pensamiento que nutrió las revoluciones de los siglos XVII y particularmente XVIII, comúnmente denominada como tradición ilustrada. La apelación a derechos universales del Hombre, independientemente de lugar y circunstancias, encontraría un límite infranqueable en la irónica sentencia de de Maistre “no hay *hombres* en el mundo. Durante mi vida he visto franceses, italianos, rusos, etc; sé incluso, gracias a Montesquieu, que se puede ser persa: pero en cuanto al *hombre*, declaro no haberlo encontrado en mi vida; si existe, es en mi total ignorancia.”

Suele suceder que nos encontremos con figuras cuyo encasillamiento no resulte tan sencillo como el de un Paine o un de Maistre. El propio Rousseau, verdadero puente entre ambas tra-

diciones, debería advertirnos sobre los riesgos de ciertos excesos linneanos. Este rodeo me permite confesar sin más cierta incomodidad que siempre me ha producido la sumaria adscripción del pensamiento de izquierda a la tradición ilustrada, un tópico devenido en sentido común. Si cierto es que el ideal de emancipación humana inscribe a la izquierda en la senda iluminista, no menos verdadero es, para dar sólo un ejemplo, que buena parte del holismo del Marx maduro, aquel que en el prólogo del 59 resalta la coacción social sobre la voluntad humana, abreva directamente, como documentara Engels, en la producción reaccionaria europea de medio siglo atrás. El historicismo marxista que alcanza su máxima expresión en el Gramsci de los **Cuadernos** fue un intento de producir categorías capaces de mediar entre aspiraciones universales y realidades particulares.

En la realidad argentina esta situación es aún más compleja y ello no sólo por las aristas románticas que rodearon el desembarco de la nominación *socialista* en estas costas. La creciente separación entre las fuerzas orgánicas de izquierda y los movimientos nacional-populares ha reforzado retroactivamente la imagen de una exclusión que no hace justicia al complejo debate de ideas de las primeras décadas del siglo pasado, debate que se reactivaría a fines de los años cincuenta. Como ocurriría poco después en Perú, donde el indigenismo de izquierda y el APRA construirían una filiación en el romanticismo renaniano de González Prada, en nuestro caso, la Reforma Universitaria fue un verdadero laboratorio de esas articulaciones dispares. El antiguo refor-

mista devenido yrigoyenista, Gabriel del Mazo, es tal vez uno de los intelectuales políticos más importantes y relegados por nuestra historiografía. Reformista de izquierda, construirá en las décadas siguientes la obra más importante de hibridación entre el decadentismo de matriz reaccionaria y un programa de izquierda democrática. Sus epígonos son los cultores del nacionalismo de izquierda de las décadas del 50 y 60, de Ramos y Hernández Arregui a Puiggrós y Astesano, quienes navegarían las aguas de la nacionalización de las izquierdas que siguieron a Argelia y Cuba.

Estimo que los puentes entre lo que llamamos tradiciones encontradas son más amplios que lo que comúnmente se señala. En buena medida, es el desplazamiento en la representación de sectores subalternos por fuerzas que hicieron énfasis en la idea de nación lo que tendió a ocultar esta circunstancia y lo que produjo que la izquierda organizada volviera sus ojos hacia el siglo XIX, en un gesto tan decadentista de encontrar paraísos perdidos como el que crecientemente desarrollaron sus rivales nacionales respecto de opuestas deidades.

Creo que el escenario intelectual abierto hace unas décadas, con el quiebre de los grandes relatos y la puesta en cuestión de todo universal considerado como un "particular generalizado" potencia los espacios para pensar mediaciones entre ambas tradiciones, entre aquellas aspiraciones universales y realidades particulares que mencionamos.

2.

El primer dato que me parece necesario destacar es que la cultura de izquierda permea distintos espacios sociales, culturales y políticos de la sociedad. Desde organizaciones sociales y áreas del sindicalismo hasta fuerzas político partidarias, están atravesadas por aspiraciones, prácticas y esquemas de comprensión del mundo que reconocen una raigambre en lo que comúnmente llamamos "tradición de izquierda". Las organizaciones que se autodefinen como de "izquierda" están muy lejos de monopolizar la representación de un espacio que las trasciende holgadamente y, aunque en alguna oportunidad puedan abrirse a un discurso más amplio y menos excluyente, estimo que esta aparente debilidad de la izquierda organizada es la contracara de una mayor gravitación comunitaria. Cualquier cartografía de la izquierda que intente ubicarla en espacios excluyentes: el oficialismo o la oposición, el sistema político o la sociedad, es una empresa hoy destinada al fracaso. Del oficialismo al FAP y el FIT o incluso franjas del radicalismo, de organizaciones sociales territoriales a comisiones internas, cierta sensibilidad de izquierda tanto en su formato tradicional como en versiones hibridadas en cierto nacionalismo popular, parece un dato incontestable. La heterogeneidad es muy amplia, al punto de que distintas franjas del pensamiento de izquierda encuentran una mayor comunidad en la acción con sectores ajenos a ese universo que entre sí mismas, un dato que no es una exclusiva novedad argentina ni latinoamericana.

El actual oficialismo nunca monopolizó la representación del peronismo. Junto al más evidente aporte de la izquierda nacional-popular cobijó cuadros y organizaciones provenientes de la izquierda reformista que sufrieron la frustración de experiencias coalicionales previas. Ello parece un dato insoslayable de la experiencia

iniciada en 2003 independientemente de cualquier metamorfosis que pueda tener lugar en nuestros días.

Indudablemente, cierta mayor plasticidad de las experiencias nacional-populares para vertebrar identidades que superasen el esquema económico corporativo tendió a marginalizar tanto a las organizaciones de la izquierda tradicional como a sus intelectuales políticos. En ese marco, su devenir fue dispar: algunos se sumaron a los movimientos nacional-populares impregnando con diverso grado de fortuna su devenir (en el caso del peronismo esta incorporación tuvo un papel fundacional en un movimiento ciertamente polifacético), otros optaron por la tan mesiánica como trágica práctica del entrismo; finalmente, quienes se mantuvieron al margen de las nuevas experiencias corrieron dos riesgos: ensayar un decadentismo que añoraba la Argentina prepopulista quedando diluidos en la dinámica de la polarización como actores menores de una reacción tradicional, o, por el contrario, tratar de sostener la identidad en una apuesta catastrófica a la espera de una oportunidad siempre esquiva.

Tal vez, el principal problema de una izquierda que permea importantes espacios de la sociedad y la política argentina no sea ni su dispersión ni su heterogeneidad. Tampoco su ubicación en el oficialismo ni en la oposición, sino su creciente incapacidad para construir poder desde el llano, o para expresar una voz nítida desde un poder en el que no pocas veces consume sus días en batallas ajenas.

Ezequiel Adamovsky

1.

La relación entre Romanticismo e Ilustración no puede plantearse como una oposición excluyente: varias expresiones intelectuales del primero *retoman* aspectos del legado de la Ilustración. En el caso francés, la influencia del Romanticismo se encuentra no sólo entre ultramontanos, sino entre los republicanos o historiadores liberales como Guizot o Thierry. En Argentina, Esteban Echeverría es a la vez una figura crucial de la tradición liberal y uno de los introductores del historicismo romántico y de algunos debates del socialismo europeo. Algunas de las vertientes del Romanticismo efectivamente pueden considerarse una reacción antiilustrada, pero otras son más bien contrarias al capitalismo o al liberalismo, que es otra cuestión.

Lo mismo vale para el nacionalismo: efectivamente, hay uno de raigambre romántica que esencializa a las naciones. Pero el nacionalismo está presente en una gran variedad de tradiciones intelectuales, muchas de las cuales no son románticas (incluyendo algunas de izquierda). Por otra parte, no todas las experiencias llamadas "populistas" movilizaron una ideología nacionalista agresiva: la del propio Perón no exaltaba la idea de una esencia cultural nacional. Su idea de "pueblo" era ciertamente homogeneizadora, pero no más que la que tenían los ilustradísimos jacobinos. Honestamente, no veo que el peronismo haya sido nunca un movimiento "anti-ilustrado" (aunque sí acogió varios intelectuales de esa orientación) sino, en todo caso, antiliberal. Y de todos modos, el peronismo kirchnerista ni siquiera es antiliberal en lo político (salvo retóricamente en algunos temas puntuales, como en su revisionismo histórico).

En referencia a la cultura de izquierda, es incorrecto presentarla como ajena al Romanticismo. Como mostró Michael Löwy, existe una tradición de “romanticismo revolucionario o utópico” que comienza con los jacobinos y continúa en varias expresiones del socialismo europeo, para concluir en el marxismo de Marx, Lukács, Bloch, Benjamin, Marcuse o Mariátegui. Un marxismo radicalmente anti-romántico sólo surgiría con la codificación de las ideas de Marx que realizó Plejanov en su lucha contra los populistas rusos, y que luego se transfirió a toda la Segunda Internacional. A menos que restrinjamos el sentido de “izquierda” a esa versión empobrecida del marxismo, no puede sostenerse que el Romanticismo no sea una de sus fuentes nutrientes.

Por todo lo antedicho, no me parece productivo pensar la relación entre izquierda y peronismo como un problema de conflicto entre Iluminismo y Romanticismo. La tradición de izquierda, tomada en su conjunto, *fue siempre Iluminista y Romántica* en formulaciones variables.

Reformulo entonces la pregunta del siguiente modo: la izquierda argentina se definió a partir de una serie de ideas, valores, prácticas que la tornaban un movimiento distinguible, y que procedían casi todos de la izquierda europea, de modo que podría decirse que formaban parte de una misma tradición. ¿Cómo se vincula esa tradición con el movimiento peronista?

Me valgo de un cierto esquematismo en honor a la brevedad. La tradición de izquierda incluía en Argentina, como elementos centrales: a) un compromiso del mejoramiento de la vida de los trabajadores/oprimidos por vías diversas, pero que siempre incluían algún tipo de antagonismo respecto de la burguesía; b) un repertorio de formas organizativas fundadas en lazos voluntarios y vínculos impersonales de representación; c) un conjunto de valores y consignas asociadas a todo ello (anticlericalismo, antifascismo, internacionalismo, etc.); d) un universo de referencias culturales y morales heredado del “proceso de civilización” europeo, que valoraba positivamente las conductas calificadas como “cultas” o “rationales” de acuerdo a los estándares de la cultura europea e, implícitamente, condenaba moralmente las que se desviaban de esa norma.

La irrupción del peronismo significó una fuerte sacudida para esa tradición, toda vez que hizo propias algunas de sus banderas, pero de modos que interferían fuertemente con otras. Respecto del punto a: el peronismo expresó en diversos momentos una identidad trabajadora con fuertes elementos clasistas. El punto de tensión aquí tenía que ver con la *dirección política* de este movimiento (Perón), que fue anti-clasista, razón por la cual no podía plantearse fácilmente un acercamiento. Este foco de tensión continúa hoy, en otro formato. El kirchnerismo no promueve el clasismo en absoluto, pero sí coquetea con un discurso “antioligárquico” y, si bien no toma medidas intrínsecamente contrarias al capital, no cabe duda que sus políticas promueven una distribución del ingreso algo mejor que la que tendríamos con otros partidos en el poder. Ya que el propio movimiento obrero ha perdido bastante del clasismo cultural que conservaba en los años cuarenta, el contexto invita a volver a utilizar un esquema derecha-izquierda para organizar el arco político, esquema en el que el kirchnerismo ocuparía la “centroizquierda”. Y eso, naturalmente, vuelve a poner en aprietos a la izquierda, toda vez que inevitablemente disputa un espacio con superposiciones.

Sobre el punto b: en el peronismo los lazos personales y afectivos siempre tuvieron un lugar más prominente que en la izquierda, razón que explica parcialmente las tensiones (aunque considerando los “cultos a la personalidad” en la izquierda, no habría que exagerar este punto). Visto por debajo, sin embargo, el panorama se complejiza: a nivel de las bases, el peronismo siempre tuvo una estructura organizativa bastante anárquica, que contrasta con la disciplina izquierdista. La izquierda podría aprender más de una lección de la capacidad de crecimiento, la cercanía con el bajo pueblo y la resiliencia que tiene una estructura menos piramidal.

El punto c es más complejo: el peronismo “oficial” fue hostil a todo lo que olera a comunismo, además de hacer propias algunas de las ideas del fascismo. Pero ni el clericalismo, ni el fascismo, ni formas de nacionalismo agresivas tuvieron un lugar de peso en el peronismo “popular” (llamémoslo así). A pesar de eso, la heteronomía del movimiento no facilitó a la izquierda la comunicación con las bases peronistas. Esa complicación hoy se acrecienta, toda vez que el kirchnerismo no contiene el tipo de ideas derechistas extremas que sí tenía el peronismo de antaño (aunque sí, en algunos sectores, un fuerte antiizquierdismo).

La ambivalencia también aparece en la cuestión d: las medidas y el discurso del peronismo clásico fueron bastante “civilizatorios”, aunque el movimiento tuvo expresiones “plebeyas” de desafío a la cultura letrada que pusieron los pelos de punta a más de un izquierdista. Baste recordar las descalificadoras descripciones de la “turba” con respecto de “candombe” que abundaron en la prensa socialista y comunista en 1945. El movimiento peronista abrió también las puertas a una afirmación étnico-racial de las porciones de la población que no eran de origen exclusivamente europeo y que la izquierda vernácula más bien había ignorado o despreciado. En este punto puede decirse que la condición periférica de Argentina le jugó a la izquierda una mala pasada: la cultura letrada que heredó de Europa le hizo asumir una actitud elitista respecto del bajo pueblo realmente existente. En este sentido —y sólo en este— la cultura del peronismo fue más “proletaria” que la de la izquierda. En el escenario actual el problema reaparece de otro modo. El kirchnerismo —a diferencia de Perón— sí se viene presentando, culturalmente, como expresión plebeya y de una “Argentina mestiza” (sin abandonar por ello el programa de la cultura letrada). La izquierda, por su parte, sigue siendo un movimiento culturalmente “letrado”, lo que se traduce en algunas prácticas antiplebeyas. En este punto es quizás donde la izquierda local tenga más para reflexionar sobre su propio legado y limitaciones.

Además, todo este ejercicio de comparación se complejiza más luego de 1955, con el giro “nacional-populista” de la izquierda y la radicalización de importantes secciones del peronismo. Las fronteras entre peronismo a izquierda se volvieron entonces todavía más confusas. Por todos estos elementos, no resulta empíricamente adecuado preguntarse por la relación entre “izquierda” y “peronismo” asumiéndolas como dos tradiciones perfectamente delimitadas. En algunos momentos —1945, la Resistencia— el peronismo popular (no el de Perón) fue parte de la izquierda. Una parte vernácula, en conflicto con la de origen más europeo, pero una parte al fin. En otros, el carácter heterónimo de su dirigencia le imprimió una identidad con elementos más claramente no-



izquierdistas o incluso derechistas. En fin, sin ser de izquierda en el sentido de compartir las características distintivas de la cultura de izquierda europea, el movimiento peronista fue canal para el tipo de anhelos populares que la izquierda canalizó antes del peronismo. A pesar de ello, el desencuentro entre ambas culturas políticas fue y es bastante comprensible (diría inevitable), tomando en cuenta el carácter contradictorio y heterónimo del propio peronismo y los sesgos elitistas de la izquierda local.

En fin, los motivos del desencuentro devienen más de la cultura, de tradiciones estrictamente políticas y de los contenidos sociales de cada uno, que de alguna adhesión a la filosofía de la Ilustración o del Romanticismo. Hoy por hoy, con las características del peronismo actual, no veo posible o deseable que la izquierda confluya con él. Pero sí puede aprender bastante de la historia del movimiento peronista: en la masividad y el apego emotivo que adquirió, hay más de una clave que, inversamente, ilumina las limitaciones de la izquierda.

2.

No creo que haya que explicar la irrelevancia de la izquierda por el éxito del peronismo. Después de todo, la izquierda se volvió bastante irrelevante en casi todo el mundo luego de los años setenta. No tengo espacio para extenderme, pero por mencionar al menos algunos de los aspectos "culturales" a los que refiere esta encuesta, la izquierda necesita replantearse su propio carácter de clase (es decir, el peso de la "clase profesional-gerencial" en sus prácticas elitistas y en su ideología), su epistemología autoritaria centrada en la idea de que la "correcta línea política" emerge de un conocimiento "científico", su estética y vocabulario añejos, su imaginación productivista y su mirada androcéntrica, obrerocéntrica y eurocéntrica. A todo esto, habría que sumar los problemas propiamente estratégicos, organizativos y de proyecto de sociedad futura, que también son muchos. En fin, la izquierda enfrenta una titánica tarea de replanteo interno, que seguramente requerirá todavía muchos años para poder cristalizar en un movimiento que vuelva a ser políticamente relevante. Desde hace al menos treinta años asistimos a un doloroso proceso mundial de reexamen, del que (muy) lentamente se van cosechando frutos. Si la izquierda local tendrá o no un futuro, depende de su propia capacidad de regenerarse, antes que de la competencia del peronismo. Nunca he escuchado de boca de los principales líderes kirchneristas que ellos sean "de izquierda" o que se propongan otra cosa que "un capitalismo en serio". Si el kirchnerismo, con un programa "desarrollista" en lo económico y "progresista" en lo cultural, aparece hoy como una fuerza "de izquierda", es menos por la naturaleza intrínseca de su propuesta, que por el hecho de que la oposición se ha situado a la derecha del gobierno y de que no existe una izquierda socialista relevante. El hecho de que el gobierno, luego de 2008, haya sacado provecho de evocaciones camporistas, y de que hoy haya jóvenes que imaginan que "la liberación" pasa por el kirchnerismo, indica que hay una demanda social de izquierdismo con la que la izquierda que tenemos no consigue conectarse. Mientras el espacio político de una alternativa socialista siga estando vacante, el kirchnerismo seguirá captando las expectativas de mucha gente de izquierda, por eso de que es mejor un pájaro en mano que cien volando. Pero el problema no es del kirchnerismo, insisto, sino de la izquierda: es la izquierda la que tiene que demos-

trar que, de tanto en tanto, es capaz de atrapar un pájaro y retenerlo en su mano.

La cultura de izquierdas anida hoy en varios movimientos sociales, en los militantes de diversas agrupaciones y en cantidad de artistas e intelectuales, en los miles de jóvenes que cada año se acercan a diversas organizaciones o a las universidades, buscando un sitio para trabajar por el cambio social. Está en las lecturas, en las letras de las canciones, en las remeras, incluso en la cultura de masas. En fin: está por todas partes. Pero esta cultura viva no encuentra todavía un canal político que le permita expandirse. Las organizaciones de la izquierda tradicional la vampirizan, transformándola en cultura muerta: no creo que de allí surja ninguna opción de izquierda real (aunque, ¿quién sabe?, no es imposible que alguna de ellas sea capaz de mutar en otra cosa y reconectarse así con el curso de la historia).

Como en buena parte del mundo, también en nuestro país existe una mirada de pequeñas organizaciones que expresan el aspecto vivo de la cultura de izquierdas en su trabajoso proceso de regeneración. Se las suele llamar "izquierda independiente" o "nueva izquierda", y tratan de abrirse camino en un campo minado por el desánimo que produce la ideología capitalista, por la represión y la cooptación estatales, por sus propias limitaciones y por los ataques de la izquierda tradicional. De su éxito depende la incierta posibilidad de que alguna vez podamos detener el camino de barbarie al que nos conduce el capitalismo.

Gonzalo Aguilar

1.

Para discutir el kirchnerismo creo que lo primero que hay que plantear es que pertenece al peronismo y, por lo tanto, a un partido (o a un "movimiento") que después de ser derrotado por primera vez en las urnas en 1983, logró recuperarse y convertirse en la única opción partidaria que parece capacitada para ganar las elecciones presidenciales (situación que, seguramente, se extenderá por mucho tiempo). Esto quiere decir que más allá de las innumerables diferencias que tienen entre sí el menemismo y el kirchnerismo forman parte de un mismo ciclo: al menemismo le correspondió diluir y devorarse a la derecha; el remanente es un político como Macri, más afín a hacer alianzas con algunos sectores del peronismo que con cualquier otro partido (curiosamente, el político de derecha que haga alianzas con sectores no peronistas, como fue el caso de F. de Narváez, corre el riesgo de fracasar estrepitosamente). Al kirchnerismo, en cambio, le correspondió cooptar a la izquierda basándose en los derechos humanos y en la tradición más progresista del peronismo (lo que no le impide apoyarse en uno de los enemigos internos centrales de esa tradición: la burocracia sindical). ¿En qué se parecen si son opuestos en la política económica, de derechos humanos y de derechos civiles aunque buena parte de sus dirigentes sean los mismos? Básicamente en el privilegio dado al *pragmatismo* y en la destreza para tratar las pasiones políticas, sean las frías del menemismo o las cálidas del kirchnerismo. Considero que verlos como parte de un mismo ciclo permite entender que las opciones que se manejan actualmente sean del mismo partido (la continuidad del heredero de Cristina o la opción Scioli) y puedan derivar tanto en una continuidad del actual gobierno como o en un

giro hacia la derecha. Aunque sean muy diferentes entre sí (el menemismo y el kirchnerismo), no hay que dejar de ver nunca el delgado hilo que los une: la de la hegemonía del peronismo lograda a partir de los años 90 (además, la oposición podría subrayar los cambios que desencadenó el menemismo en algunos rubros claves — transporte, educación, deporte— y que han tenido cambios importantes pero que no han revertido lo hecho en los noventa).

Frente a este panorama (el peronismo como la fuerza más importante de la democracia), la izquierda ha quedado totalmente desorientada y no ha podido salir de la actitud catastrófica que encarnan las izquierdas de tipo trotskista ni de la civilizatoria, propia de la tradición socialista que se remonta a Juan B. Justo. Quizás uno de los problemas está en pensar que el peronismo se sostiene en el poder en buena parte gracias a una retórica encubridora (la idea está en la pregunta de la encuesta y tiene una larga tradición en las objeciones desde la izquierda al peronismo). Esta idea es errónea en su concepción de las relaciones entre lenguaje y política así como también es erróneo criticar esta retórica en base a su falsedad sin reflexionar antes sobre su eficacia. La retórica a veces encubre lo real; otras lo produce. La retórica no es solo un medio o una herramienta usada con fines espurios sino la capacidad de articular demandas en términos claros. Pese a contar con los intelectuales más lúcidos, a la izquierda le falta una retórica (o un lenguaje) para intervenir en la actual disputa entre el gobierno y los medios masivos que han reducido a la oposición a ser meros espectadores.

La izquierda también quedó desubicada porque si frente a la referencia nacional del peronismo podía erigir la referencia de clase, lo cierto es que en el escenario posmoderno mientras las cuestiones nacionales siguen encendiendo las pasiones políticas, la referencia a la lucha de clases está debilitada. No sólo por los cambios en el mundo del trabajo sino porque surgieron una cantidad de luchas (femenismo, movimientos gays, centralidad del consumo, ecología) en las que la cuestión de clase cuenta muy poco. Fue esa zona vacante la que con la perspicacia que lo caracteriza ocupó el peronismo cambiando desde el poder la visión de un problema y de una lucha (creo no equivocarme si digo que en el 2004 a nadie de los sectores progresistas se le hubiera ocurrido que el matrimonio civil igualitario podía convertirse en ley nacional en el 2010).

2.

Como esa Gran Crisis nunca se va a producir y, en última instancia, podría beneficiar a otros sectores antes que a las izquierdas, creo modestamente que la única manera de construir un poder social y político debería basarse en objetivos restringidos que hagan la opción de izquierda deseable. Para mí estos objetivos deberían ser tres: primero, y más importante, concentrarse en ganar las ciudades. Buenos Aires y en mucha menor medida Córdoba y Mendoza podrían llegar a inclinarse, si la política es sostenida, por gobiernos de izquierda. Rosario es un buen ejemplo y lo que se hizo en esa ciudad difiere de lo que han hecho otros gobiernos municipales. El otro objetivo debería pasar por la política mediática: imponer estilos y temas en los medios es clave si se quiere avanzar en un crecimiento electoral (Victoria Donda probó algo de eso durante la campaña, con éxito). Esta política no



debería limitarse a los periodos electorales. Finalmente, falta una crítica concreta del peronismo: no me refiero a una crítica académica sino a la capacidad de generar una diferencia que no pueda ser asimilada por el peronismo (algo difícil de lograr, sin duda). En este sentido, una de las cuestiones centrales sería que la izquierda pudiera imponer una agenda. Este es uno de los aspectos más difíciles porque el peronismo no sólo tiene el poder sino que tiene una gran cantidad de temas en carpeta (petróleo, Malvinas, derechos humanos, la mística de Evita, “cambio de mentalidad” en relación con la moneda) que sabe usar con gran habilidad. Como no hay planificación a largo plazo (y ese es el corolario del pragmatismo), cualquier tema es pertinente. La oposición en este punto falla: en vez de hacer énfasis en la inflación, pone el acento en el INDEC; en vez de criticar la lucha por la acumulación mediática, se insiste con la libertad de prensa. Creo que la izquierda podría poner el énfasis en tres temas:

1) El tema central de la agenda para mí debería ser la pobreza y cómo erradicarla. En el imaginario social la pobreza se ha instalado como un dato definitivo, ineliminable y con el que hay que aprender a convivir. El peronismo en este terreno se siente muy cómodo porque en su tradición la pobreza es un valor y no necesariamente una consecuencia de las políticas sociales. La izquierda, en cambio, podría insistir en una buena nueva: se puede eliminar la pobreza (“redistribución de la riqueza” me parece un término muy técnico que no conforma ni a ricos —porque piensan que les van a sacar plata— ni a pobres —porque el tema de la riqueza les es ajeno—). Habría que explotar el lugar común: “cada vez hay más pobreza” y plantear, como se hizo en Brasil, el slogan inverso: “Por menos pobres”.

2) El tema de la educación es central y la oposición debería insistir en que lo hecho por el menemismo no ha sido totalmente revertido. No hay que olvidarse que una de las banderas que flameó con insistencia Cristina Kirchner antes de llegar al poder fue la educación, tema del que últimamente habla menos.



3) La reforma impositiva es un tema con poco *glamour* pero clave a largo plazo. Evidentemente no es conveniente y no sé si los tiempos de la política argentina permiten una reforma que llevaría varios años, pero hay que imponer el tema, hay que hacerla y sería bueno que se hiciera con un sesgo de izquierda.

El camino que hace día a día este gobierno hacia los lugares comunes del populismo no puede ser objeto solamente de una indignación legalista. Algunos teóricos pueden estar equivocados con que el populismo sea la única vía de acceso a la política (el juicio a las Juntas en los ochenta sigue siendo la mejor refutación de este aserto) pero no deja de ser verdadero que no se puede hacer política sin considerar al populismo como un elemento dinámico y una referencia ineludible del horizonte de la acción política en la Argentina actual. Entender el populismo para superar lo (y no verlo como pura retórica), es el gran desafío de la izquierda.

Eduardo Anguita

Creo que sería un grave error pensar en que existe una identidad kirchnerista rígida. En su versatilidad y en sus reacomodamientos radica lo que para mucho permite su fortaleza y para otros es una indudable muestra de debilidad. Quien escribe estas líneas fue militante del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT ERP) y no coincidía (desde un lugar irrelevante por cierto y aceptando su compromiso revolucionario por encima de sus posturas personales) con la visión del peronismo planteada por Mario Santucho que lideraba las posiciones políticas de la dirigencia perretista. A principios del 73, recién vuelto de Cuba donde estuvo tras la fuga de Rawson, Santucho estaba convencido de que la llegada de Perón a la Argentina era para salvar el capitalismo. El mismísimo Fidel Castro le había marcado sus diferencias con esa postura. Quien escribe estas líneas, cuando se creó el ERP 22 de agosto, pensó en sumarse a esa fracción, para dar apoyo al gobierno de Cámpora. Fue Daniel Hopen, un tipo más que lúcido, quien me advirtió algo sustantivo en los procesos revolucionarios: "En el ERP 22, lamentablemente, no hay capacidad dirigente. El único líder es el Negro Robi...". Hopen ya había dado el paso fuera del PRT y este humilde militante siguió los consejos de quien era su referente teórico y conceptual. Poco tiempo después, pero eso ya es otra historia, yo caía preso y en el 76 Hopen era secuestrado y está desaparecido.

Esta pequeña introducción puede servir para que el lector despeje la cuota de subjetividad que cada cual tiene, de acuerdo a su historia, con el peronismo y la izquierda. Ya a esa altura sobaban los ejemplos de militantes, dirigentes sindicales e intelectuales que se sumaban al peronismo sin dejar de ser de izquierda ni tener el complejo de que perdían "su cultura de izquierda(s)". Pero en ese entonces, para muchos militantes —incluidos los de Montoneros o FAR o FAP— había un tema crucial: la organización revolucionaria. Ni más ni menos que el núcleo de acero, en términos más leninistas. El partido de cuadros era condición *sine qua non* para una revolución hecha e izquierda.

Pasadas cuatro décadas o más, no hay en vistas una revolución en aquellos términos, ni una guerra fría con un bloque soviético y otro norteamericano. El Peronismo, como tantos movimientos populares, está instalado ahora en el inconsciente

colectivo de buena parte de la militancia social y política como la memoria de la resistencia y de la heroicidad. Siguiendo a Alejandro Horowicz en su buen estudio de **Los cuatro peronismos**, me animaría a decir que también estuvo instalada la idea del peronismo como puerta de acceso al neoliberalismo. Pero cosas similares pasaron con otros bloques con historia política, más o menos democrática, más o menos popular (o "populista" en una versión pretensiosa de ciertas mentes que se consideran "la izquierda").

Néstor Kirchner no inventó la pólvora. El territorio político en el cual se desarrolla esta etapa de la Argentina tiene muchos vasos comunicantes con las historias argentinas (en plural) y jamás cerró las puertas a las miradas y las conductas "por izquierda". Al revés, son más que valoradas las trayectorias de militancia y compromiso a la hora de sumar cuadros de organizaciones sociales, sindicales, de derechos humanos, académicos, comunicadores, etc. Y logró armar un gobierno de mayorías con consignas que, ni remotamente, lograban consensos de más del 25% de la sociedad hasta pocos años atrás. No sólo los de los juicios a genocidas sino también en prácticas que colocan al Estado con un rol activo y hasta capaz de actuar sobre empresas multinacionales.

Una última consideración, para poder limitar la extensión de este brevísimo texto al pedido de los organizadores. Se creó un mito entre cierta gente de "izquierda". El de que pertenecer a esa cultura requiere ser sumamente conservador. Es decir, mirar un relato del pasado en el que uno se delata como de izquierda cuando lleva a *kit* completo de cosas anteriores (ciertas lecturas o dogmas o personajes centrales de la historia que no estuvieron contaminados por el policlasismo peronista). Y, la verdad, ser de izquierda era otra cosa totalmente distinta para muchos que no despreciábamos la teoría ni el análisis serio del presente que nos tocaba vivir. Ser de izquierda era organizar a los sectores sociales más desposeídos, buscar a los grupos y personas con más disposición y audacia para ser representantes en sus lugares de trabajo o sus barrios. Era la decisión de encontrar el momento justo para disputar a los poderosos y dar muestras al resto de la sociedad de que el cambio era posible. Era, en definitiva, ir sumando fuerzas para que la correlación resultara, paso a paso, más favorable para los sujetos sociales y políticos decididos a liberar al país y al pueblo. Es cierto, el paso a paso parecía una eyaculación precoz. Pero eso es visto con el diario del lunes.

Ahora es difícil saber si los centros de poder internacional tienen respuestas y fuerzas para detener este camino —no transitado anteriormente, ni por casualidad, porque no tiene muchas similitudes con el primer peronismo— como tampoco es fácil advertir si tendrá la fuerza propia como para consolidarse o sufrirá, como tantas veces en el continente, el embate de las fuerzas que se opusieron históricamente a la permanencia de las fuerzas populares en el ejercicio del gobierno.

Tampoco se puede anticipar si cierta parte de la dirigencia se mantendrá sólida y unida en caso de que haya embates fuertes de las multinacionales y de sectores conservadores. Menos aún se puede predecir si la sociedad marcará límites a la disociación que a veces se crea entre funcionarios del Estado y el hombre y la mujer común. En fin, las dudas pueden desgranarse y son motivo de consideraciones para no comprar ningún *kit* completo a la hora de las imprescindibles abstracciones e imprescindibles valo-

raciones que cada persona o grupo político haga de este territorio extenso y en movimiento llamado kirchnerismo.

Pero, más allá de eso, en algo uno puede definirse como revolucionario, aun sin tener una cultura de izquierda. Es en la disposición a poner el cuerpo y comprender cabalmente que, para ganar una disputa, hay que atreverse.

Martín Bergel

Muchos elementos que hacen a lo que genéricamente podemos llamar cultura de izquierda están presentes en innumerables experiencias sociales, culturales y políticas de la actualidad. Señalo sólo uno de esos elementos, quizás el más expresivo de la ola de movilización social que siguió a la crisis de 2001: el de la autoorganización. Movimientos sociales, empresas recuperadas por sus trabajadores, colectivos de arte, espacios socioculturales, editoriales independientes, asambleas ciudadanas, grupos ambientalistas, iniciativas de educación popular, medios de comunicación comunitarios, y un largo etcétera, continúan surgiendo y desarrollándose en todo el país. Al mismo tiempo, si su mera existencia es poco o nada conocida, y su labor se lleva a cabo casi imperceptiblemente para el resto de la sociedad, es porque con pocas excepciones esas experiencias comparten un doble déficit caro a la cultura autogestiva que se expandió desde el 2001: el de construirse a partir de disposiciones culturales demasiado auto-centradas, poco propensas a abrirse al contacto y la mezcla, de un lado; y el de carecer de una expresión política capaz de articularlas, potenciarlas, y darles visibilidad, de otro. No en vano la cuestión del pasaje de lo social a lo político, o, si se prefiere, de construcción de un segundo nivel de lo político (aceptada la inherente politicidad de cada una de las prácticas de ese tejido social), permanece como uno de los más acuciantes problemas ya no sólo de resolución, sino siquiera de planteamiento, para las experiencias de “nueva izquierda” que emergieron en Argentina y en el mundo con posterioridad a la caída del Muro de Berlín. Añadamos de paso, ya en perspectiva histórica, que la debilidad de la izquierda en la Argentina de mitad del siglo XX en adelante debe bastante a esa tendencia a la subcultura y a las dificultades de hacerse permeable a los lenguajes y preocupaciones de la sociedad más vasta (y no me refiero con ello a los desencuentros con los motivos movilizados por el peronismo desde su emergencia, sino a una más genérica y amplia dificultad de penetrar la pluralidad de manifestaciones de la vida social y cultural de las clases medias y populares, incluidas sus formas de consumo, sus prácticas y sus estéticas, sus aspiraciones y ansiedades, etc.).

Pero en la actual coyuntura, y en aras de una respuesta acotada, no quiero extenderme mucho más en las limitaciones de las izquierdas. Ocurre que con frecuencia esas y otras limitaciones han sido motivo de escarnio y aun de autoflagelo. En cambio, no sucede algo semejante con la tradición peronista, que ha sabido construir figuras ideológicas y argumentos retóricos que suelen inmunizar y tornar aceptables sus aristas más controvertidas. Atraídos inicialmente por el arco de políticas progresistas del gobierno, y en ese camino imantados por la populización de la cultura y la política e incluso por el humor antiizquierdista de buena parte del kirchnerismo, muchos intelectuales y figuras pro-

venientes de la izquierda se muestran indulgentes y realizan concesiones impensadas años atrás a aquella tradición. De allí que, a contrapelo de esa tendencia, en la actual querrela entre peronismo y cultura de izquierda me interesa tomar un camino diverso al tanto más transitado del examen de las deficiencias, sin duda existentes, de las izquierdas. En lo que sigue, ensayaré desmontar críticamente tres argumentos contiguos provenientes del primer polo (el peronismo) que tienen notable eficacia en el combate cultural y el concomitante debilitamiento del segundo (la cultura de izquierdas). Se trata de construcciones ideológicas que datan de antiguo en la historia de los imaginarios políticos en Argentina, pero que han conocido una notable y pregnante reactivación en los últimos años:

1. *La izquierda es utópica, abstracta e idealista. Sólo el peronismo “muere lo real”.*

Mucho se puede discutir acerca de la eficacia de los ideales y principios considerados utópicos dentro de la cultura de izquierdas. Digamos solamente una cosa: la productividad de esos ideales, así como de las irrupciones que sin cristalizar en transformaciones sociales o institucionales producen cisuras en los modos de pensar la política, no debe medirse con arreglo a sus concreciones inmediatas y tangibles. Es propio de esos fenómenos inaugurar horizontes que darán lugar a inscripciones y reapropiaciones a veces muy distantes en tiempos y espacios, y por ende difíciles de mensurar. El enunciado “Proletarios del mundo, uníos!”, pronunciado en 1848, cuando la clase obrera era una realidad no sólo inexistente en la mayor parte de los países del globo sino de muy reducida presencia en la propia Inglaterra, perfectamente podría haber sido tachado de utópico e idealista por los populistas de los siglos XX y XXI. Y sólo neciamente podrían negarse las innumerables materializaciones y los poderosos efectos políticos que ese predicado tuvo en su posteridad. Quizás es más difícil todavía medir la eficacia del Mayo Francés, para muchos poco más que un *happening* que se evaporó rápidamente sin dejar secuelas en lo real. Sin embargo, y aunque no resulte posible trazar relaciones lineales, no deberían despreciarse sus efectos en la afectación de subjetividades que pudieron incidir en la transformación de las relaciones sociales existentes.

Pero no me interesa tanto discutir eso, sino una operación ideológica crucial del discurso populista argentino. Tomo un ejemplo de muchos otros que circulan entre nosotros. En una nota a propósito de las manifestaciones opositoras al gobierno, el periodista oficialista Luis Bruschtein escribió que el odio “tiene raíces históricas en la Argentina donde la supuesta ilustración siempre apareció enfrentada al progresismo real de las masas”. Y a continuación reforzaba la idea con una referencia a Jauretche (L. Bruschtein, “Odiólar”, *Página/12*, 22 de septiembre de 2012; agradezco la referencia a Pablo Hupert). Aunque esa indicación tenía como fin ofrecer una explicación de los masivos cacerolazos antigubernamentales hegemonizados por la derecha, a menudo se escuchan asertos que se deslizan en dirección similar dedicados a los críticos de izquierda. De la frase de Bruschtein me interesa el sintagma “progresismo real de las masas”. Es indudable que el peronismo histórico, y en menor medida el kirchnerismo, produjeron significativas



mejoras materiales en la población. Pero la historia de las reformas sociales y culturales progresivas en Argentina —tanto las que tuvieron amplio alcance como las que tuvieron impactos focales, tanto las desarrolladas desde el Estado como aquellas impulsadas por la propia sociedad civil—, está lejos de reducirse a la historia del peronismo. El problema es que “progresismo real de las masas” para el gobierno es sólo aquello que se aviene a encolumnarse e identificarse en bloque con él. La palabra “real” quiere decir eso. Todo otro progresismo, todo otro que no se encolumna, es declarado irreal. Y esa es una de las operaciones ideológicas básicas del populismo. Dicho de otro modo: no es que sólo los movimientos populistas “muerden lo real”, como se sugiere repetidamente en un subtexto interminable. Es que el populismo es una enorme descarga ideológica, y de gran efectividad, que proclama la irrealdad de todos los progresismos alternativos a su esfera. El populismo es el movimiento perpetuo que declara poseer el monopolio de los progresismos de masas. Todo lo demás es marginal, utópico e, incluso, funcional a la derecha.

El populismo construye así un núcleo central de su acervo ideológico en su proclamada distinción respecto a las ilusiones abstractas de las izquierdas. Una y otra vez declara correr con ventaja porque de veras entiende y se confunde con lo real, a diferencia de la exterioridad constitutiva del izquierdismo. Ese es quizás el más poderoso mito de origen del peronismo, cultivado a partir del venturoso encuentro inicial de Perón con el pueblo al que aspira la izquierda. Luego, además de todas las inyectivas ramplonas de la literatura *nacampopiana* de los años '50 en adelante, las referencias a figuras como el alma bella hegeliana o las manos sucias sartreanas dieron lustre intelectual a esa distinción. Pero esa renuncia del “realismo populista” a la dimensión utópica de la política frecuentemente retorna como elemento conservador. Así, nos dicen hoy muchos amigos kirchneristas, *no es posible* una política sin gobernadores e intendentes patrimonialistas y clientelistas, *no es posible* un sindicalismo ajeno a prácticas mafiosas y corruptas, *no es posible* un modelo económico alternativo a la minería extractivista y a la sojización. Al renunciar siquiera a invertir como problemas esas y otras varias rocas duras de lo real, los propios kirchneristas colocan una tapia a las posibilidades de transformación de su movimiento. He allí entonces la esencia del conservadurismo populista: muy a menudo, en su pretendido amor por lo real el populismo acaba por confirmar a lo real en aquello que ya es.

Claro que se cometería una injusticia mayúscula si se atribuyese esa propensión a la *realpolitik* al conjunto de sectores que se reconocen en la tradición peronista. Algunos pocos pero significativos espacios, que se cuentan no casualmente entre aquellos que buscan producir una zona de conjunción entre el peronismo y la cultura de izquierda, se colocan en una posición diferente. Y mucho más importante: los momentos estelares de la historia peronista, aquellos que proyectaron a Perón y a Néstor y Cristina Kirchner como grandes líderes, han sido *momentos de invención*, de producción de novedades respecto a lo real existente. De allí que pueda decirse que, frente a las poderosas pinzas que sujetan y restan sustancia a las democracias occidentales en Europa y Estados Unidos, y que parecían también tener atenzada a la Argentina a comienzos de siglo, el decisionismo de los Kirchner constituye quizás el dato político más relevante

de la última década en el país. En cambio, y sobre todo en los últimos años de batalla cultural y “ceguera nacional-popular” (la expresión, tomada de un debate puntual de hace un par de años, es de Ricardo Forster), el grueso de los militantes que siguen a la presidenta, y entre ellos destacadamente los jóvenes, parecen haberse acomodado al realismo populista. Y es que pareciera que el peronismo extravía sus momentos de imaginación allí cuando deja de ser política para transformarse en ideología.

2- Sólo el peronismo es capaz de encarar transformaciones sociales; incluso más, sólo el peronismo sabe y puede gobernar.

Esta proposición se sustenta en el hecho de que en la sinuosa historia de la democracia liberal argentina, le ha correspondido al peronismo en el poder buena parte de los cambios sociales progresivos, mientras que la mayoría de los otros gobiernos elegidos por el voto secreto y universal no ha podido culminar sus mandatos. Este dato proveniente del pasado histórico es indubitable. Pero lo que me preocupa es su actual uso ideológico. En efecto, en el debate público se escucha con frecuencia, incluso desde voces no kirchneristas o antikirchneristas, la atribución al peronismo de poderes *cuasi* mágicos. Un curioso gen alojado en aquellos que se consideran peronistas les aseguraría facultades para gobernar; por contraste, ese gen sería del todo ajeno a cualquiera que no se proclame peronista. Lo que se ha terminado de conformar en los tiempos kirchneristas, a modo de una supuesta ley de hierro politológica o sociológica, es la noción de que sólo a los peronistas les es dado gobernar.

De esa creencia, no me interesa ahora tanto su justeza respecto al pasado, ni tampoco sus capacidades descriptivas del presente. Dada su silenciosa irradiación, prefiero llamar la atención sobre sus potenciales poderes performativos en el futuro. Esto es, que con arreglo a aquello que se afirma, la carga ideológica de ese predicado sancione a todo no-peronista con aspiraciones como inherentemente incapacitado para gobernar o para encarar políticas efectivas de transformación. Que se trate de un ingrediente eficaz cuyas premisas colaboren en la producción de la verdad que se viene a postular. Y que, a través de ese procedimiento veladamente tautológico, se opere contra la dimensión contingente de la política, reduciendo el espacio de emergencia de posibilidades alternativas.

En suma, pareciera que incluso algunos escépticos lectores del Laclau de **La razón populista** acuerdan ahora con él en que sólo hay política allí donde hay populismo. Pero la propia historia de los movimientos populistas latinoamericanos ofrece ejemplos que desmienten ese aserto. Si hay voces seguramente alarmadas en exceso que aluden a una cierta tendencia a la *priistización* de la Argentina (esto es, a la perpetuación del peronismo en el poder y a la virtual absorción en su seno de todo el sistema político), y hay también los kirchneristas que siguiendo inconfesadamente un anhelo semejante prefieren ver a Scioli o a algún gobernador del interior a la cabeza del gobierno en el 2015 antes que a cualquier no-peronista de izquierda o centroizquierda, un espejo distinto y quizás más cercano que el del PRI mexicano lo ofrece el varguismo brasilero. Numerosos estudios de diferentes ópticas y concebidos en momentos y climas muy diversos han trazado puntos de comparación entre

el peronismo y el movimiento prohijado por Getulio Vargas. Es sabido que ambas experiencias tienen muchos puntos en común, pero también muchas diferencias. Lo que aquí me interesa resaltar es simplemente que el Brasil ofrece un caso en el que la izquierda derrotó al populismo. Sin dudas, fue el golpe militar de 1964, y la larga dictadura que le siguió, quienes impactaron más directamente en el varguismo. Pero su última encarnación de peso, el Partido Democrático Trabalhista (PDT) del caudillo Leonel Brizola, comenzó a deshilarse recién luego de la sorpresiva victoria que le propinara el joven Partido de los Trabajadores (por ese entonces una fuerza mayoritariamente marxista, auspiciada por una suerte de federación de movimientos sociales) en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 1989. Mientras el partido liderado por Lula arribaba así sorpresivamente al segundo turno, donde estuvo a punto de vencer al favorito Fernando Collor de Mello, el PDT comenzaba un lento declive que vino a significar la sepultura final de los herederos del populismo clásico en el Brasil. Ciertamente para finalmente llegar al poder el PT acabó abandonando buena parte de su fisonomía inicial, esa que lo había situado en el lugar del partido de izquierda más importante y a la vez renovador del mundo en los albores de la caída del Muro de Berlín. Pero la referencia viene simplemente a cuento de que la historia es más abierta e incierta de lo que a menudo imaginamos. El del Brasil nos muestra un caso en el que un país dominado a mediados de los años '50 por un movimiento populista, unas décadas después pudo estarlo por una fuerza política proveniente de la cultura de izquierda.

3-. En Argentina, la cultura popular es mayoritariamente peronista.

En este caso, se trata de un juicio menos explícito, pero que a menudo funciona como un sobreentendido a partir del dato obvio de la actual hegemonía electoral y política del kirchnerismo, muy especialmente en los estratos populares. Sin dudas, quien se proponga establecer su veracidad se topará ante un problema de muy difícil resolución, que puede ser encarado en diversos tipos de investigaciones específicas sin necesariamente arribar a una conclusión definitiva. Aquí simplemente me gustaría trazar algunas conjeturas tendientes a problematizar ciertos deslizamientos de sentido que se observan usualmente. Señalo una anécdota a modo de ejemplo: hace un par de años, en charla informal de sobremesa con amigos mayoritariamente simpatizantes del gobierno se señaló que el fenómeno asociado a Los Redonditos de Ricota pertenece a la cultura nacional-popular. Si por esa noción entendemos una referencia a la cultura popular producida en Argentina, es obvio que estamos ante una expresión que le pertenece plenamente. Pero lo que en verdad se sugería en esa ocasión es que la cultura del rock vinculada a Los Redondos es peronista.

Mi impresión en cambio es que, a diferencia de lo que pudo ocurrir durante el peronismo clásico, la vinculación entre el kirchnerismo y el mundo popular es mucho más indirecta e inestable. Luego de la crisis de la versión argentina del Estado de Bienestar, y de la crisis de representación política que tuvo lugar en el 2001 (que, según algunas visiones, no ha sido suturada por completo), el voto parece asumirse de un modo mucho más episódico e instrumental. Más allá de los sostenidos esfuerzos del kirchneris-



mo por encontrar cauces organizativos, el 54% por ciento de los sufragios obtenidos por la presidenta no suelen traducirse en otras expresiones visibles que no sean las del momento electoral. Así, como sugiriera recientemente Pablo Stefanoni en un análisis de las masivas movilizaciones opositoras del año pasado, pareciera que luego de las conmemoraciones del Bicentenario estamos ante el curioso caso de un populismo que ha perdido la batalla de las calles (al menos transitoriamente). Pero incluso la propia noción de la existencia de una cultura nacional-popular completamente autocontenida, de dudosa existencia en el pasado, hoy resulta todavía más ilusoria. Desde las primeras décadas del siglo XX, sino antes, nos hemos visto cotidianamente atravesados por el sinnúmero de estímulos de lo que el antropólogo brasileño Renato Ortiz denominó *cultura internacional-popular*. El rock, por caso, en sus múltiples variantes, es una de sus más fecundas y extendidas expresiones.

Pero si el que acabo de mencionar es un consabido rasgo constitutivo de las sociedades modernas, también es bien conocido que en las últimas décadas las identidades unanimistas han experimentado poderosos embates. En la Argentina, en diálogo implícito con las perspectivas que contemporáneamente desarrollaba Zygmunt Bauman, fue Ignacio Lewkowicz a comienzos de los años 2000 el que emprendió con mayor sistematicidad un camino exploratorio de los elementos de la "sociedad de la fluidez". La yuxtaposición de la hegemonía mercantil, la precarización y la polivalencia laboral, y el advenimiento de las nuevas tecnologías digitales, habrían dispuesto un escenario dispersivo de fragmentos sociales diseminados e identidades astilladas. El kirchnerismo representa sin dudas una afanosa reacción ante esa nueva situación. Pero se trata de una respuesta estructurada en dos momentos claramente diferenciados: si en el primero de ellos el kirchnerismo de la transversalidad puede pensarse como un intento de construcción de una política en homología formal con esa sociedad fragmentaria —un ensayo por enhebrar parte de ese



conjunto diverso de identidades sin violentarlas en exceso en sus respectivas singularidades—, desde el año 2008 aproximadamente asistimos a una cada vez más decidida tentativa por volver a construir un pueblo—Uno allí donde reina lo múltiple. La así llamada “batalla cultural”, con episodios estelares como las celebraciones del Bicentenario y el *revival* de la cuestión Malvinas, pero con una mirada de iniciativas adicionales de descarga ideológica sobre la sociedad provenientes desde agencias del gobierno y grupos afines, ha estado dirigida a ese cometido. Como también la búsqueda por construir una cultura popular hegemónica y duraderamente peronista. El tiempo nos dirá del éxito del kirchnerismo en esa iniciativa.

José Pablo Feinmann

1.

El momento más revolucionario de nuestra historia (me refiero al siglo XX) estuvo en manos de la izquierda peronista y sucedió el día en que Héctor J. Cámpora se hizo cargo del Gobierno. Ese día se “tomó la casa”. Si se habla del peronismo como una totalidad sin contradicciones internas no se habla del peronismo sino de una objetividad sin matices, sin, por decirlo así, significantes internos siempre enfrentados y que han llegado a la sangre en varias oportunidades. El proyecto de la izquierda peronista quedó trunco por sus errores (una valoración de la violencia y una fascinación con la Muerte, en tanto punto máximo de realización del compromiso del militante) y por la respuesta jamás vista en el país de la derecha empresarial, católica y militar. Miles y miles de desaparecidos no son una casualidad. Una política represiva tan extrema responde a un peligro también extremo. Si “la izquierda” lucha contra el poder de la expropiación capitalista, nada hubo más de “izquierda” que los militantes de esa generación, que cuestionaron ese poder con más decisión que nadie. Esa tragedia la conocemos. Pero, ¿cuánto hubo de político para poder llevar a cabo la embestida que el poder resistió por medio de la sangre? Hubo que reinterpretar y hasta reinventar a un líder de masas, hubo que plegarse a un movimiento popular enorme y aprender a manejar sus consignas y su lenguaje. Hubo que realizar el gran esfuerzo de creer en lo que se hacía. De creer que las masas peronistas y las conducciones territoriales y clandestinas podrían generarle al líder del movimiento hechos revolucionarios que éste no tendría más remedio que aceptar.

Si la “otra” izquierda responde a la tradición iluminista ahí se encuentran sus fracasos. Alberdi detestaba a la generación iluminista: actuaba sin conocer la verdad de los hechos históricos, nunca los interrogaba, les imponía una ideología ya “cerrada”, las luces de la eterna vanguardia solitaria. En cambio, el historicismo romántico se plegaba a las necesidades del país, en los hechos y en su hermenéutica estaba el camino de la acción. Rivadavia envía al interior su Constitución de 1826. Ningún caudillo la acepta. Alberdi, en cambio, propone aceptar a Rosas como un hecho que le asegura el orden que su generación necesita para el trabajo del pensamiento. Que fracasó, claro que fracasó. Quién no fracasó en este país. Pero señaló que la metodología es estar donde está el pueblo. O la clase obrera, o los morochos peronistas,

donde realizaron su política de entrismo los militantes de la izquierda en los setenta. Asesinados luego por el propio Perón y la derecha de su movimiento.

2.

Los años que transcurren entre 1890 y 1943 son nefastos para la condición de los humildes, de los inmigrantes apaleados y perseguidos. ¿Ese fue el momento más brillante de la izquierda argentina? Lo siento: es penoso entonces. Fue penoso adoptar el positivismo como ideología. Aplicar dogmáticamente al Marx de sus escritos coloniales, lo más flojo de su producción. Más hizo un plebeyo como Irigoyen por las masas empobrecidas que los iluminados de esa izquierda que supongo son Ingenieros, Ponce y la revista *Dialéctica*, Agosti, Rodolfo Ghioldi y paro de nombrar. ¡Tan lejos estuvimos de tener a un José Carlos Mariátegui!

El gobierno de Cristina Fernández de Kirchner tiene un espíritu latinoamericanista en un continente que ha conseguido estar más unido que nunca. Ha juzgado a los asesinos. Enfrenta a un monopolio feroz, que tiraría a cualquier gobierno “iluminista” en dos días. Y muchas cosas más. No todas ni mucho menos. Siempre discutimos lo mismo. ¿Lo que se hace es todo lo que se puede hacer? Es una discusión interminable. Un buen militante político debiera siempre mirar la vereda de enfrente, la vereda de reemplazo al gobierno “cuestionado” por no llegar más hondo, por no ser más de izquierda. Es histórico: siempre la “cultura” de izquierda ha terminado por ubicarse cerca o junto a la derecha por juzgar que los gobiernos nacional-populistas (palabra atroz para la “cultura” de izquierda) son insuficientes. Este peronismo, el que hoy gobierna, también pertenece a la “cultura” de izquierda (la palabra “cultura”, ¿por qué se la niegan al peronismo?). Es la herencia de la “diezmada” generación del setenta tratando de hacer algo con energía y un entusiasmo que se ha contagiado a muchos jóvenes que regresan a la militancia. Ojalá se pueda hacer algo más. Pero con la IV flota dando vueltas por aquí, con la amenaza de la Triple frontera (excusa de cualquier manotazo de la “guerra preventiva”), con el poder mediático digitado desde la Embajada de los Estados Unidos y con el panóptico que han instalado en las Malvinas, se ve difícil. La cosa es: mercado libre y monopólico o economía keynesiana, con intervención y regulación por parte del Estado y destotalización del poder monopólico. Todo lentamente: si hay que dar dos pasos hay quedar dos. Es tan reaccionario dar uno como tres.

Nota I: Hoy existe una sola modernidad. La modernidad terror, la modernidad capitalista mediática en guerra contra el terrorismo. El posmodernismo —que fue una lateralidad de la modernidad capitalista y antimarxista— hace rato que murió. Lo mató el atentado a las Torres que volvió a universalizar la Historia.

Nota II: Un hombre de izquierda no debiera ser “antiperonista”. Puede ser —con serios motivos— no peronista. Pero ese “anti” suele llevarlo a pensar desde el resentimiento o el elitismo racionalista, iluminista. Los gorilas tienen que ser gorilas porque saben defender sus intereses: la oligarquía, la Sociedad Rural, los monopolios, la Libertadora y los tantos intelectuales de izquierda que la saludaron con fervor. Pero alguien que quiera entender el espesor de nuestra historia tiene que poder acercarse al peronismo,

tocarlo, olerlo, vivirlo. El costo de no hacerlo es alto: irse a la vereda de enfrente por no entender cómo las masas adhieren a “eso”. También esta historia es larga. Y muy actual.

José Fernández Vega

1.

El contraste entre iluminismo y nacionalismo que sostiene la pregunta me parece demasiado unilateral. Es cierto que el marxismo compartió muchos presupuestos del iluminismo: una filosofía optimista de la historia con una amplia confianza en la ciencia. La lista de coincidencias es amplia y bien conocida, pero no estaría completa sin el costado crítico.

Siguiendo a Hegel, crítico del racionalismo de Las Luces, Marx denunció los formalismos, las ilusiones y los crímenes que la exaltación ilustrada de la modernidad pretendía ocultar. ¿De qué otro modo entender su proyecto de crítica a la economía política heredada, por ejemplo? Hegel fue acusado de romántico por aquellos liberales para quienes su filosofía política representaba un hito en la deriva hacia el irracionalismo que desembocó en el fascismo. Pero en **Dialéctica de la Ilustración**, una culminación marxista de la línea hegeliana, se demuestra que racionalismo burgués y totalitarismo no se oponen sino que se complementan.

El marxismo político se acercó al nacionalismo cada vez que lo consideró necesario; sin embargo, nunca pensó que éste fuera el horizonte último de la emancipación. Así, apoyó distintas luchas por la unidad nacional durante el siglo XIX y, en el siguiente, los combates antiimperialistas del mundo colonial y neocolonial (las posiciones sobre el mundo colonial del XIX no fueron siempre felices, hay que subrayarlo). Es verdad que los “socialismos nacionales” generaron grandes polémicas en el pasado, y que el stalinismo fue una especie de socialismo nacionalista, cerrado en sí mismo, por decir lo menos. También el nacionalismo colonizó muchas veces a la izquierda radical. Pero, en todo caso, todos estos problemas se suman a la cuenta de la propia izquierda.

En un ensayo sobre Fukuyama y el fin de la historia, Anderson presenta cuatro alternativas para el futuro del socialismo. O bien sigue vegetando hasta desaparecer, como tantas nobles corrientes del pasado; o renace con su antiguo esplendor en algún punto aún impredecible del futuro, o bien sostiene su nombre pero traiciona sus principios; o, finalmente, los defiende pero recombinándolos con los de otras visiones (y aquí se abren muchas opciones como la ecológica o la liberal, por ejemplo, u otras que no alcanzamos a imaginar). “El olvido, la sustitución de valores, la mutación, la redención”, resume Anderson.

Transcurrieron más de veinte años desde estas reflexiones y todavía no hay un veredicto. No puede sorprender, por tanto, que a escala nacional las respuestas de la izquierda ante el kirchnerismo muestren versiones de todas estas alternativas al mismo tiempo. Dicho de otro modo: la izquierda como potencia intelectual, pero desmovilizada; o dispuesta a una cooptación lisa y llana; o bien abierta a una alianza táctica o estratégica. La última alternativa es la oposición cerril (sectaria o “republicana”).

El problema para quienes, ante todo, nos definimos como *anti-antikirchneristas* es desarrollar, como los socialistas que en otras épocas y países se enfrentaron a situaciones comparables,

una visión que se proyecte más allá del nacionalismo y la sociedad de mercado, y no calle las evidentes miserias del llamado “modelo” pero sin despreciarlo sistemáticamente por burgués, antirrepublicano (o antiiluminista). En sus escritos teológicos juveniles, Hegel también buscaba, sin encontrarlas, las vías para una adecuada dialéctica entre reforma y revolución, en un contexto político que le dejaba mucho menos lugar a la esperanza que el nuestro.

2.

Una de las observaciones más impactantes de Altamirano en su **Peronismo y cultura de izquierda** es que el Partido Comunista (PC) se quedó sin caracterización alguna del peronismo luego de 1946, cuando se hizo patente que la definición del movimiento como un “nipo-nazi-fascismo” era grotesca. Diversas variantes de la izquierda actual se hallan en una situación análoga. Una década después de la irrupción del kirchnerismo, no aportaron una caracterización específica y matizada, histórica e internacionalmente situada, de ese fenómeno. La consecuencia es que nos sigue faltando una base sólida para una discusión inteligente y eficaz. Todo lo que nos rodea son actitudes complacientes o históricas, distantes o próximas hacia el gobierno o, mejor dicho, hacia las iniciativas con la que éste suele conmovir el panorama nacional: la minería privada o la nacionalización petrolera, la política previsional inclusiva o la corrupta administración del transporte, los juicios a los genocidas o la ley antiterrorista. Una visión sistemática brilla por su ausencia en una cultura como la izquierdista que compensaba su raquitismo social con la lucidez para captar las corrientes subterráneas que determinan los procesos políticos en curso.

Además, la izquierda no revisó sus fracasos recientes. La caída de la dictadura llevó al establecimiento de un diseño *normal* de régimen democrático capitalista. El hundimiento del alfonsinismo encontró a la izquierda en una situación de insignificancia. Pese a toda su euforia previa, la izquierda dejó el terreno libre para la contrarrevolución neoliberal y la mayor regresión a todo nivel que haya vivido el país. A su vez, la autodestrucción de este sistema de poder a partir de 2001, que afectó al mismo tiempo la confianza en el mercado y en la representación política, sin amenazas visibles a la derecha, ofreció a la izquierda un escenario de derrumbe. Pero fue incapaz de aprovecharlo por una típica combinación de sectarismo y desorientación. La izquierda todavía no pudo asimilar que Kirchner le haya soplado la dama partiendo de una situación de extrema debilidad política, encaminando la economía, identificándose con el progresismo y sin respaldarse en la represión sistemática de la protesta. Ahora, sin embargo, el kirchnerismo se enfrenta a la hipoteca de su falta de visión estratégica (ferrocarriles, etc.) y las consecuencias de una grave crisis mundial.

Es posible, sin embargo, que la izquierda pueda jugar un papel relevante en la poco estudiada renovación sindical que se viene consolidando en estos años, y que obedece a motivos tanto políticos como generacionales. En ese contexto, el sectarismo partidario necesariamente se atenúa, y muchos cuadros sindicales tienen una formación de izquierda adquirida en partidos con los que se frustraron.



Nota: Aunque soy responsable de estas opiniones, agradezco las discusiones mantenidas con Alejandro Margetic, Roberto Amigo, Ezquiel Sirlin y Roberto Jacoby.

Nicolás Freibrun

1.

En mi opinión, cualquier posición política que se identifique con un legado perteneciente o próximo al universo de izquierda no puede dejar de soslayar la idea fundamental de que una de las vertientes clave de ese imaginario gravita sobre la categoría de *crítica*. En efecto, la idea de *crítica* conserva aún validez, inclusive asumiendo la crisis de sentido por la que atravesó el pensamiento de izquierda en relación con la hegemonía capitalista de fin del siglo XX en el marco de una cultura en muchos aspectos posmoderna. Asumido ese contexto de crisis, y vinculado con la escena local kirchnerista, algunos supuestos históricos del ideario de izquierda presentan potencialidades que le permiten volver a reformular la discusión central entre democracia, capitalismo y Estado. Sin inscribir entera ni necesariamente su identidad política y su discurso en una tradición nacionalista y romántica, el kirchnerismo se articula alrededor de formas de la cultura peronista, al tiempo que las excede. En cierto modo, convive con esa tensión. Por una parte, ese exceso obedece a la crisis histórica del peronismo y a la matriz estadocéntrica y populista sobre la que había forjado su identidad política. Por otra parte, esto se debe a que el kirchnerismo refuerza aspectos de crítica social que no se conciben enteramente con elementos del peronismo y que sí se hallan más explorados en posiciones relativas a la izquierda e incluso vinculados con aspectos de un liberalismo democrático. En este marco, un encuentro más fructífero entre peronismo y cultura de izquierda tiene que comprenderse a la luz de los cambios que ambas identidades han atravesado, cambios que exigen nuevos lenguajes y perspectivas para pensar y hacer la política. Hija de la modernidad y simultáneamente inscrita en una “modernidad capitalista periférica”, la izquierda debe poder incorporar y asimilar otras tradiciones del discurso, entre las que no se descarta una relación —siempre compleja y contradictoria— con las instituciones del Estado. Imagino que, para la renovación y la conformación de un nuevo ideario político proveniente del acervo cultural de la izquierda, resulta necesaria de igual modo la participación de actores políticos que históricamente quizá han constituido su identidad política desde la cultura peronista, pero que, al traspasar esos muros de referencia identitaria hoy menos rígidos, pasan a integrar un universo popular más amplio. La izquierda cuenta con un aspecto sustancial que no solo es indisoluble, sino que, además, es constitutivo de su legado: la *producción teórica de categorías* como un elemento fundamental en la construcción del análisis de la realidad social.

2.

La complejidad que alberga la cultura de izquierda al momento de abordar los procesos sociohistóricos admite otras interpretaciones, más allá de posiciones políticas de corte catastrofista. Si se observan algunas de las discusiones clave hacia fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, puede darse cuenta de que, en torno al

debate sobre la crisis del capitalismo y las estrategias por seguir, las posiciones catastrofistas figuraban por entonces como posibles y legítimas. En ese sentido, sin embargo, estas fueron una de las estrategias consideradas, imposibles de ser asimiladas a todo el pensamiento de izquierda. En contra de cualquier idea mesiánica o redentora, contribuciones como las de Walter Benjamin (en contra del determinismo del progreso) o Antonio Gramsci (en contra del catastrofismo económico), este último de importante recepción intelectual en la Argentina, relativizaron más aún la idea de un derrumbe “natural” del capitalismo como opción posible para el cambio, introduciendo la importancia de la acción subjetiva y de la organización política e ideológica de las masas. Los dos ejemplos indican que la izquierda alberga en su seno puntos de vista que han quebrado una dinámica objetivista de las relaciones sociales. Pero ya adentrándonos en el contexto de la sociedad contemporánea, el carácter progresivo de muchas de las políticas kirchneristas ha generado condiciones sociales para que un discurso y una práctica de izquierda alcancen mayor visibilidad y protagonismo. Ciertamente que esto no deja de representar contradicciones para la izquierda. Al no cuestionar de raíz el carácter capitalista de la sociedad y al obtener del Estado su principio de legitimidad fundamental —y en ese sentido se liga con el peronismo—, la emergencia del kirchnerismo pone en tensión algunos criterios fundantes de la izquierda. Pero al mismo tiempo, esto revela la tarea fundamental de examinar qué entendemos por *pensamiento y práctica de izquierda* en el contexto de una sociedad como la actual que, por el momento, ha abandonado la perspectiva de una superación del capitalismo luego del triunfo de la democracia política y el liberalismo económico-político. Además, en América Latina, muchos de los procesos de cambio en un sentido progresivo se han articulado históricamente desde el Estado, lo cual indica que este no solo representa el dominio de una clase social, sino que también ha funcionado como articulador de intereses populares. Así pues, una izquierda a la altura de las circunstancias políticas actuales debe despojarse de cualquier esencialismo de un sujeto finalista (i. e.: la clase obrera es el sujeto de la transformación *hacia* la revolución), al tiempo que articularse con otros actores de cambio *diversificando* sus demandas y objetivos políticos. Sobre todo, y por cierto un punto no menor, tiene que comprender su autoconstitución discursiva en sociedades socio-económicamente más complejas y políticamente más fragmentadas que antaño. Una intervención lúcida que permita proyectarse en el futuro no puede dejar de pensar las determinaciones históricas que conforman el Estado, las relaciones sociales de producción, la acción colectiva, la esfera pública o la subjetividad de una época. Así, la cultura de izquierda no es ajena a la innovación política y conceptual. Bien por el contrario, allí reside una de sus más creativas incursiones históricas. Actualizar esa dimensión es una tarea imprescindible y una deuda pendiente en nuestro país.

Alejandro Grimson

1.

Los marxismos han tenido una relación compleja, productiva, desafiante con la llamada “cuestión nacional” desde hace mucho tiempo. Cuando hoy se escucha a partidos de izquierda afirmar que

toman en cuenta la cuestión nacional porque su programa y sus consignas son antiimperialistas, se constata un gran empobrecimiento del debate. Las tareas vinculadas a fortalecer todo proceso de autodeterminación son una condición necesaria, pero absolutamente insuficientes para abordar “la cuestión nacional”. Específicamente, en Argentina la cuestión nacional radica en comprender que no se trata ni de un país europeo ni un epifenómeno de Europa (al menos de Europa tal como la hemos imaginado). El peronismo, desde el 17 de octubre, reveló eso de modo contundente. Desde ese momento podría afirmarse que la “cuestión nacional” es en buena medida el peronismo.

No es posible una política de izquierda que no comprenda los sentimientos de humillación y orgullo de los trabajadores y sectores excluidos. Al mismo tiempo, la dificultad se presenta cuando se constata que esos sentimientos en determinadas coyunturas abren un espacio para que sectores políticos actúen en contra de los sectores sociales que los apoyan, como de modo patente sucedió con la Triple A y con el menemismo, pero no sólo en estos casos.

Un sinnúmero de términos e ideas propios e irrenunciables para la izquierda, paradigmáticamente la cuestión de la igualdad, provienen de la tradición de la revolución francesa. Eso no implica, en absoluto, que la tradición ilustrada pueda sostenerse como una totalidad ajena a los procesos históricos. En primer lugar, porque una parte decisiva de los marxismos del siglo XX se edificaron sobre la base de postulados teleológicos. Esos postulados no sólo podían prefigurar el futuro de la humanidad, sino que tenían implicancias políticas prácticas. Toda identificación política, todo sentimiento, todo movimiento que no estuviera previsto en aquellos relatos era analizado a partir de potentes ideas sobre la verdadera y la falsa conciencia, de partido, vanguardia y una noción muy precisa de “revolución”. Podía medirse la distancia entre las identidades políticas realmente existentes y las identidades políticas de la deontología.

La historia otorgó un mentís a esos relatos y a las políticas derivados de ellos, no sólo porque dichas revoluciones no fueron lo esperado, sino porque no se produjeron en contextos de democracia capitalista y, además, porque a veces las clases trabajadoras lograron cambios sociales efectivos, menores o mayores, desde otras identificaciones y visiones políticas. En ese sentido, la “política científica” y las teleologías resultaron perniciosas para las luchas por una igualdad radical en las condiciones sociales y en los derechos.

Así, una gran parte de la izquierda ha considerado al nacionalismo, en el mejor de los casos, como un momento útil para despertar una conciencia internacionalista que se consideraba necesaria e inexorable. O, en el peor de los casos, como un obstáculo a enfrentar para alcanzar la conciencia de clase.

Observando los procesos históricos resulta claro el modo en que se concibió la “conciencia de clase”. Es decir como una completa abstracción. Se adjudicaron a la clase trabajadora o a otros sujetos sociales características potenciales o propiedades políticas que, en los hechos, sólo existieron en la imaginación de quienes realizaban los pronósticos. Sin embargo, es no sólo posible sino necesario mantener y reinventar las nociones radicalizadas de justicia, igualdad, democracia participativa, reconocimientos a la diferencia sin por ello desconocer las contradicciones y com-

plejidades de los procesos sociales. Para afirmarse a ideas absolutas de justicia no es una condición creer que realmente serán alcanzadas, como si hubiera una afuera del proceso histórico de tonos variados. Complementariamente, tampoco es necesario creer que esa justicia es lo contrario absoluto de la injusticia actual, como si toda realidad, inexorablemente, también estuviera exenta de todos los matices.

Comprender la dinámica de los procesos históricos en los que estamos inmersos implica también comprender las pequeñas transformaciones y los significados que ellas tienen en las vidas reales de los seres humanos sojuzgados, explotados, humillados. Juzgar los procesos a partir de ideas absolutas nos permite alimentar nuestro inconformismo (lo cual es necesario) pero no hacer política (lo cual es decisivo). Juzgar los procesos renunciando a los horizontes utópicos nos permitirá adherir y participar de los cambios progresivos (lo cual es imprescindible) pero abdicando de tensionarlos en una dirección igualitaria contrarrestando a otras fuerzas existentes (lo cual es mero seguidismo). Por ello, hay principios pero no hay teleología, hay ideas absolutas pero no hay política que intervenga que se reduzca al principismo.

2.

La pregunta que debemos hacernos es por qué cada vez que llega el mesías en lugar de construir el socialismo mundial reconfigura la hegemonía capitalista. La crisis europea y mundial actual indicaría que otra vez la Gran Crisis está entre nosotros. Pero sabemos, por la experiencia histórica y por las características de la coyuntura, que de esta gran crisis no surgirá la sociedad que hemos soñado, sino una nueva articulación hegemónica capitalista. Esa diferencia es decisiva porque mientras que el mesianismo está a la espera y celebra los síntomas de toda crisis estructural, eso expresa nuevamente la distancia entre esa supuesta “vanguardia” y las clases que pretenden representar. Estas últimas no pueden más que lamentar profundamente esta crisis, ya que saben que están hoy perdiendo conquistas, beneficios y derechos. En ese sentido, uno de los problemas de la izquierda ha sido no tener políticas simples: cuando los sectores más postergados logran una vida mejor se celebra y se defiende, cuando tienen una vida peor se critica y se enfrenta.

Esto se conecta profundamente con la relación entre izquierda y peronismo en la Argentina. La disyuntiva, el parteaguas, se planteó entre la peronización de la izquierda y la búsqueda de desperonización del pueblo. A mi juicio, un balance exhaustivo de estas opciones debe ser realizado y debatido. Que ninguna fórmula conocida nos ha llevado a lograr lo que la izquierda pretendía, resulta claro. Sin embargo, creo que la pretensión y el anuncio reiterado del “fin del peronismo” ha revelado que condena inexorablemente a la izquierda a la marginalidad. Para permanecer fieles a dicha ilusión no sólo es necesario ser terco, sino también estar dispuestos a amarrarse a modelos de análisis muy poco permeables al contraste con los procesos reales.

En ese sentido, respondo claramente a la pregunta: en todo proceso hegemónico es factible que la izquierda construya poder social y político. Cuando existen procesos redistributivos, por más parciales y modestos que sean, la izquierda no podrá construirse a partir del denunciaísmo de aquello que los sectores populares perciben como algo que los favorece. Si se plantea una coyuntura



económica, incluso basada en actividades extractivas, donde se verifican procesos que sectores de trabajadores perciben como mejoras y conquistas, la izquierda no podrá edificarse sin tornarse comprensible por los sectores que desea defender y representar.

Debe entenderse que las tradiciones de la izquierda y las tradiciones populistas se encuentran de modos muy distintos arraigados en nuestra cultura política nacional. Pretender el “fin de peronismo” es vivir fuera de la realidad, así como pretender cualquier fin del pensamiento y la cultura de izquierda es una pedantería ignorante y autoritaria. Cuando la izquierda se disfraza de peronismo no sólo no le cabe el sayo, sino que termina apoyando medidas que van en contra de sus más básicas concepciones.

Finalmente, puede parecer que propongo un imposible: no desperonizar al pueblo, no peronizar a la izquierda. Permítanme decir que en realidad sí es necesario soñar con construir utopías populares, así como buscar que la izquierda esté inserta en las lógicas populares. Sucede que, a mi juicio, la pregunta de la izquierda durante el siglo XX ha sido cómo se convierte en la dirección política del proletariado para conducirlo a su destino. Creo que hoy la pregunta de la izquierda es cómo puede contribuir en cada espacio laboral, social, cultural y político a fortalecer las tendencias que apunten a una fuerte redistribución económica y simbólica, contrarrestando todas las tendencias a la concentración económica y política. No es lo mismo. En la perspectiva del siglo XX la cuestión es cómo y cuándo la izquierda se reuniría con su papel histórico. Necesitamos constatar que la historia se está haciendo y que nuestros papeles serán los que podamos construir en los hechos.

Roberto Jacoby

1.

La polaridad conceptual y genética que propone la encuesta se formula sobre la base de supuestos difíciles de defender. Ante todo me resulta anacrónica. La propia noción de “cultura de izquierdas” es un artefacto de construcción reciente. Por lo que recuerdo, “izquierdista” podía equivaler a apresuramiento inconsciente de las condiciones históricas o bien a un ser bienpensante genérico. Uno no se definía como izquierdista sino como “revolucionario”. En todo caso, era el otro quien ponía el mote ya fuera que significara “Ultra” o “tibio”.

Naturalmente que se puede hablar de una izquierda en un sentido tan vasto que abarca desde el anarquismo hasta la socialdemocracia más proyanqui pasando por innumerables trotskismos, comunismos, socialismos, sindicalismos y... peronismos.

Como bien se sabe, la composición del peronismo incluyó desde su origen a muchos sectores de estas “izquierdas” y, más aun, los entrelazamientos de cuadros marxistas con el movimiento y con sus alas sindicales son inextricables en todas las etapas en y fuera del poder.

En segundo lugar, encuentro que la problemática planteada es inespecífica. Me resulta difícil comprender qué significaría “actualizar el programa teórico y político” de una izquierda ilustrada, iluminista, cuando en ninguna parte de las preguntas se hace referencia o se encuentran implícitas nociones tales como clases sociales, lucha de clases, fuerzas sociales, correlación de fuerzas, alianzas

de clases, estrategia revolucionaria, entre otras tantas nociones centrales a la tradición marxista. Sin duda debería ser un programa fuera de la tradición de izquierda. Despojada de contenido concreto el término puede cobijar desde Carrió al Partido Comunista Revolucionario (PCR), desde Bussi a Binner, desde Sebrelí a Cooke o Abal Medina, de Altamira a Abelardo Ramos. Se debe considerar de izquierda a la fuerza social y política que lleva adelante e instaura con éxito los propósitos, propuestas y planes tradicionalmente planteados por la izquierda, es decir no la revolución socialista ni la dictadura del proletariado.

2.

Los movimientos revolucionarios marxistas se encontraban en una *impasse* marcada por la implosión de la Unión Soviética a la que el nuevo milenio dio las respuestas más inesperadas y heterodoxas, para nuestra fortuna, en América del Sur. Reducir el marco histórico de la pregunta a la Argentina dice algo acerca de las perplejidades teóricas que impregnan a muchas corrientes de pensamiento que no logran enfrentar con frescura las inmensas sorpresas que nos deparó la historia a quienes la sobrevivimos.

¿Quién habría previsto que el giro a la izquierda del peronismo no sucedería en 1962 sino —atravesando una guerra interna implacable en el 73-75— en el 2003? ¿Quién podría imaginar que una coyuntura electoral desencadenaría —en las particularísimas condiciones de las crisis políticas y sociales del 2001-2002— un gobierno burgués que se reclama, con indudable éxito, democrático, popular, antiimperialista y pro paz, banderas del Partido Comunista por décadas? ¿Acaso alguien puede señalar seriamente algún período más favorable en toda la historia argentina (y no voy a hacer la lista de cambios y logros que todos tenemos más o menos registrada)? Que no exista ninguna fuerza política capaz de aprovecharlo para prolongar su carácter ascendente, es otra cuestión, pero eso no puede imputarse al kirchnerismo.

El final de la segunda pregunta invita a definir las opciones que propone al vago sujeto social “izquierda” que postula. ¿Quiénes esperan la Gran Crisis (y más aun la propician con la conocida teoría “Cuanto peor mejor” y por eso apoyan a La Rural, la FAA, la Comisión de Enlace, Moyano, y desfilan por los canales de cable y particularmente TN, intentando demoler al kirchnerismo) y quiénes esperan construir poder aun dentro de la hegemonía K (brevemente el Frente Amplio Peronista, donde los remanentes del socialismo arcaico se entretajan con radicales, maoístas, trotskistas y ex K y, cómo no, algunos sindicatos e intelectuales peronistas)?

Pensar que todo el poder reside en el gobierno de Cristina es negar la realidad e intensidad de los enfrentamientos de todo tipo y nivel que suceden en la sociedad. Es no entender la excepcionalidad (y por eso, la fragilidad) de esta política que sobrevive por una sucesión de milagros.

Todos los gigantescos cambios que se produjeron en la Argentina en estos diez años —relévenme de mencionarlos, pero baste decir que no se comparan con nada que haya sucedido nunca en la historia argentina— se sostuvieron, como les gusta decir, en un par de locos. Lo mismo se puede decir de Bolivia, Ecuador, Venezuela, Brasil o Uruguay. Sería interesante que los antagonistas revisen en su memoria y señalen un período más democratizante, incluyen-

te, renovador en la estrategia internacional, generador de crecimiento, recuperador de los centros de decisión.

No es lo menos curioso de la actual situación latinoamericana que todas las tesis fracasadas y opuestas de las diferentes izquierdas que disputaban la escena desde los '50 en adelante hubieran tenido parte de razón, en alguna medida y en algún lugar. Con todo el dolor del alma habrá que reconocer cuánta razón tenían quienes sostenían que el cambio sucedería por una rebelión de caudillos militares como sucedió en Venezuela.

Nos guste o no, aceptemos el acierto de los trotskistas que apostaron al trabajo entrista que llevó a los gobiernos del Partido dos Trabalhadores (PT) en Brasil. No menos éxito tuvieron los teóricos que proponían organizaciones indigenistas andinas como camino de desarrollo de los movimientos populares. Y por supuesto, la vieja tesis del PC, de un gobierno burgués de amplia coalición que triunfe por la vía electoral cuyo mayor triunfo fue Gelbard, fugaz ministro de Economía. Pero no existe ya la Unión Soviética que pueda festejar el logro.

Queda el maoísmo que afortunadamente nunca logró tomar las ciudades desde el campo. No así, la República Popular China, que construyó sobre su cultura de izquierda una forma de capitalismo exitoso y desalmado, y con la que la Argentina sostiene una compleja relación de complementariedad y dependencia.

Alejandro Kaufman

1.

La formulación contiene como premisa una confusión entre historia de las ideas y cultura política (salvada la complejidad que atañe a cada una de ellas). En tanto historia de las ideas puede señalarse o discutirse la remisión del pensamiento político de izquierda a la tradición ilustrada, y un conjunto de enunciados definidos conceptual e ideológicamente como “peronismo” a la denominada tradición historicista romántica. Si en cambio mentamos las “culturas” de la izquierda o del peronismo, en tanto culturas no son reductibles a tradiciones intelectuales en términos de historia de las ideas sin incurrir en un arrasamiento de las formas concretas en que lo que denominamos cultura se presenta sociohistóricamente como conjuntos de prácticas, percepciones, formas de la acción colectiva, es decir, como una trama polisémica en la que se producen múltiples transacciones entre enunciados y prácticas cuyas adscripciones ideológicas no pueden sino ser diversas, heterogéneas y contradictorias. Es frecuente la confusión entre plexos normativos, como lo son las arquitecturas que estructuran y organizan ideas, con las formas concretas con que se inscriben en la vida práctica. Personas con ideologías de izquierda han podido concurrir en el orden de la vida práctica a contextos culturales peronistas donde desplegaron líneas de acción interpretadas en continuidad con la historia de la izquierda. No se pretende aquí tanto dar cuenta del asunto como señalar la dificultad que la pregunta formulada parece no registrar. Es justamente el escenario “así llamado posmoderno” el que profundizó la problematización de la heterogeneidad entre “ideas” y “prácticas”, abriendo un horizonte de discusión acerca de la interpretación de las culturas de izquierda en nuevos términos, algo de lo cual muchos profesantes de ideas de izquierda no se ente-



raron. Tampoco podría reducirse la discusión sobre la relación entre peronismo e izquierda a lo aquí señalado, aunque, no obstante, me parece sintomático el planteo, dado que parece confirmar la perseverancia en aplicar de manera prescriptiva plexos normativos a prácticas sociales concretas. Si hay una tarea que requiere la reafirmación crítica de la tradición histórica de la izquierda es revisar una discrepancia que en la historia del siglo XX se saldó dogmáticamente, mediante violencia totalitaria en el peor de los casos. En las tramas de la vida práctica concreta se inscriben modalidades culturales heterogéneas que abarcan desde las costumbres y las creencias populares hasta las prácticas religiosas. Frente a todo ello la tradición ideológica de la izquierda actuó de manera prevaleciente en forma unívoca e imperativa, con consecuencias catastróficas, trágicas, que no se terminan de asimilar. Entonces: hay una arena cultural donde se dirimen matrices polivalentes. El compromiso ético político con la historia social de la izquierda requiere más que nunca reconocerlas, admitir su existencia sin repulsión moral ni normativa, en procura de modalidades convivenciales, no exentas de conflicto ni crítica, pero superadoras de abstracciones prescriptivas. En ese terreno sería deseable actualizar el debate alrededor de las formas actuales —contradictorias, problemáticas— en que se desenvuelve el legado argentino de 1945.

2.

Lo señalado en el primer punto forma parte a mi parecer del problema argentino que Cooke definió como “hecho maldito del país burgués”, y del que gran parte de las izquierdas no lograron sustraerse, con la consecuencia de que en varias ocasiones, empezando paradigmáticamente por 1955, y reviviendo condiciones semejantes en 2008, la Gran Crisis, todo lo contrario de un momento de emancipación con perspectiva mesiánica, confluyó con la irrupción represora del populismo en procura de ahogar sus aspectos igualitarios y redistributivos. La idea de que en esos momentos de dispersión institucional burguesa aparente podría elevarse



una construcción sociopolítica apropiada para la izquierda asumió en la práctica un sentido contrario, de funcionalidad a las clases dominantes represoras de lo popular. Dicho esto sin perjuicio — *malgré* incluso el peronismo— de que en cada uno de los momentos señalados afloraron experiencias genuinas de izquierda, que desde mi punto de vista forman parte de la historia de los oprimidos, y rinden homenaje al núcleo duro vigente de la tradición de la izquierda, en relación con los valores emancipatorios esenciales y la caracterización estructural del capitalismo como régimen de propiedad privada de los medios de producción. El último siglo de historia política mundial, sin embargo, mostró que el núcleo duro de la izquierda —que insisto en definir como plenamente vigente— resulta insuficiente para dar cuenta de la acción colectiva emancipatoria. No son los intelectuales, ni los filósofos, ni las teorías quienes podrán definir el curso emancipatorio de la historia, sino las luchas concretas de los oprimidos, comprendida la “servidumbre voluntaria” y la decisiva complejidad con que se nos presenta el curso socio histórico. Caracterizamos instantes emancipatorios como emergencias que irrumpen para dislocar el orden establecido, y que acompañamos siempre que las interpretemos en ese sentido, pero la capitalización de los impulsos críticos del capitalismo a favor de construcciones de mayor alcance, susceptibles de producir los cambios denominados en la modernidad como “revolucionarios” no encuentran otro cauce ni destino que la voluntad, el pretexto o la pobreza argumentativa. En ese marco, la cultura del peronismo se instala como una experiencia colectiva concreta, susceptible de crítica y de apuesta, pero no de corrección prescriptiva del modo en que nos tiene acostumbrados cierta tradición de izquierda.

Martín Mosquera

1.

Una perspectiva de recepción crítica del legado ilustrado debería comenzar por diferenciar dicha tradición de ciertas corrientes particulares, como el positivismo y el racionalismo, con las que, posmodernismos varios mediante, se la ha tendido a identificar. En el mismo sentido, es necesario revisar por abusivos y simplistas los análisis críticos que tienden a convertir a la “razón ilustrada” en una entidad efectivamente operante en la historia, responsabilizándola del grueso de los males de la modernidad capitalista, subordinando explicaciones causales socio-económicas más adecuadas. Del mismo modo en que resultaría impropcedente recuperar en bloque el legado iluminista, y pretender, por ejemplo, retornar a una idea ilustrada de Razón, también debe asumirse la necesidad de una praxis dialógica con otras tradiciones culturales de la modernidad (romanticismo, historicismo, etc.). La construcción de una nueva hegemonía cultural y moral, por ejemplo, no puede prescindir del recurso al mito, como bien señalara Mariátegui.

Sin embargo, todo esto es demasiado general. Es necesario precisar, entonces, que la discusión sobre la recepción crítica del legado cultural ilustrado pone en juego consideraciones, en primer lugar, epistemológicas y recién de un modo indirecto tiene consecuencias sobre la práctica política. Esta consideración, aunque obvia, es necesaria contra un exceso *filosofista* del que adolece buena parte del pensamiento crítico contemporáneo, por el

cual tiende a identificarse ciertos planos discursivos (como el epistemológico o el ontológico) con el terreno estrictamente político. Con arreglo a nuestro tema, esto significa que es limitado el alcance de la filosofía política sobre el romanticismo, el mito o el historicismo. Es necesario tener un mito político efectivo, por ejemplo, que convoque a la evaluación crítica y teórica. Y como el actual proceso político es lo que suscita esta interrogación, es necesaria cierta contundencia al respecto: en la actual etapa, el mito político del peronismo (incluso cierta recuperación gubernamental del setentismo revolucionario) es más un vehículo de legitimación de la hegemonía política de un gobierno bonapartista antes que un instrumento con potencialidad crítica o disruptiva. Se trata de un dispositivo simbólico, hoy denominado *relato*, del que hay que reconocer su eficacia en manos de la intelectualidad oficialista, considerando el halo épico con el que se recubrió un “modelo” de expectativas populares bien modestas y de fuerte compromiso con lo peor de la *realpolitik*.

Reconocer como una posibilidad efectiva la transformación de las condiciones presentes, abrir el futuro hacia expectativas de emancipación y justicia, requiere no sólo de los escrutinios críticos de la razón sino también, y de un modo fundamental, del recurso a los mitos y símbolos donde anidan los anhelos populares de una vida mejor. La reconstrucción de una perspectiva socialista para nuestro tiempo tiene poco por recuperar del mito de la “comunidad organizada entre el capital y el trabajo” y mucho del momento utópico que recorre los momentos de auto-actividad y auto-organización popular. Momentos donde el pueblo, convertido en “fuerza beligerante”, concretiza la utopía y expande el presente al proyectar, aquí y ahora, la posibilidad de cambiar la vida y transformar la sociedad.

2.

El kirchnerismo, surgido en una etapa marcada por la crisis de hegemonía de 2001, supo articular algunos elementos que lo proyectaron como una experiencia política de largo alcance: ha trabado compromisos estratégicos con el desarrollo del agro-negocio y de un modelo extractivo (aunque desviando parte de la renta agraria para el estímulo de algunas industrias de ensamble local), a la vez que ha otorgado ciertas concesiones sociales y democráticas a los sectores populares. Un fenómeno político de esta naturaleza, populista o nacionalista, portador de ciertas dosis de reformismo social, significó siempre un importante desafío para la izquierda anticapitalista, como lo atestigua la experiencia del peronismo y el desencuentro histórico de la clase trabajadora con la cultura y las organizaciones de la izquierda marxista.

La izquierda tradicional, y su estrategia de “espera mesiánica de la Gran Crisis”, se encuentra desarmada para intervenir en una coyuntura de estas características, expresando una impotencia estratégica general. Reconstruyamos someramente los fundamentos teóricos de este “mesianismo”. En la izquierda trotskista —para tomar el ejemplo paradigmático— la sexagenaria caracterización de la etapa del capitalismo como de estancamiento crónico (derivada de la célebre tesis de Trotsky respecto a que las fuerzas productivas “han cesado de crecer”) conduce a una estrategia política de ofensiva permanente, según la presunción de que las rebeliones espontáneas de los sectores populares, la irrupción del movi-

miento obrero y el desprestigio de los gobiernos burgueses serían más o menos inevitables e inminentes, compungidas las masas por la crisis capitalista que arrojaría a los trabajadores a la lucha, generando el caldo de cultivo para el desarrollo de la organización de vanguardia. Por tanto, la actividad política se reduce en lo fundamental a la agitación (para favorecer la rebelión de las masas) y la propaganda (para ganar a los mejores elementos de la vanguardia). El trotskismo, decía Sartre, es el “arte de la espera”.

Saludablemente, la izquierda militante de nuestro país desde hace tiempo no se reduce a las organizaciones partidarias tradicionales. Desde hace más de una década asistimos a un lento y molecular proceso de recomposición política de las clases subalternas que tiene su mejor expresión en un conjunto de experiencias organizativas que están comenzando a refundar el “anticapitalismo militante”. Para nosotros, varios elementos fundamentan la expectativa de que la militancia social desarrollada durante los últimos años constituya el embrión de una nueva izquierda en nuestro país. En primer lugar, el compromiso con el desarrollo de una nueva cultura política y el afán de superar los marcados rasgos aparatistas, sectarios y burocráticos de la izquierda tradicional, así como sus tendencias auto-proclamatórias que inhiben la confluencia sana entre diferentes corrientes políticas. En segundo lugar, una perspectiva estratégica que tiende a concebir la lucha política como construcción de hegemonía, es decir, como el progresivo despliegue de una nueva constelación intelectual, moral y cultural, con sus propios valores y prácticas, instituciones políticas y relaciones sociales. Estos momentos de anticipación social y política de una nueva sociedad no constituyen “islas de comunismo” como quería el mal envejecido autonomismo (desconociendo las limitaciones estructurales que impone el capitalismo a la expectativa de construir una sociedad comunista en su propio seno, tal como ya lo señalara Marx en su discusión con los cooperativistas). Se trata más bien de experiencias de empoderamiento de las clases subalternas, de transformación subjetiva y organizativa de las mismas, de visibilización material de las posibilidades de organizar bajo nuevas bases los diferentes aspectos de la producción y reproducción de la vida social. La constitución de una cultura socialista, la politización de la vida cotidiana, las experiencias moleculares anti-burocráticas, son la condición y el reaseguro para las disputas propiamente políticas, no su reemplazo.

En alguna medida, podemos pensar que la situación de “crisis de alternativa” en la que está inmersa la militancia anticapitalista, fruto de la dura “derrota histórica” que sufrió la izquierda como señalara Perry Anderson, nos ubica en una etapa similar a los orígenes del movimiento socialista. Las estrategias a desarrollar pueden encontrar, entonces, algunos paralelos. La creación de una contracultura socialista y la construcción de relaciones sociales solidarias en el marco de experiencias organizativas populares es una tarea de primer orden (como antaño promovían los viejos anarquistas y socialistas en bibliotecas populares y cooperativas, y hoy lo hacen los movimientos sociales, en bachilleratos populares y emprendimientos productivos). Este tipo de intervenciones tienen un énfasis “defensivo”, propio de una etapa que tiene por objeto desandar décadas de retrocesos materiales y subjetivos de las clases subalternas, pero también un alcance estraté-

gico. Si algo podemos concluir del hecho de que las tentativas revolucionarias del pasado hayan concluido en nuevas relaciones de opresión y dominación es que las tareas relativas al desarrollo de la auto-actividad y la auto-organización de las clases subalternas adquieren un valor fundamental.

Actualmente, existen condiciones para proyectar la confluencia de estas experiencias organizativas en una herramienta política de nuevo tipo. Abandonadas las concepciones micro-políticas ingenuas, que eliminaban el momento específico de la articulación política, se abre la posibilidad para avanzar teórica y prácticamente en la tarea de repensar la cuestión de la organización (para lo que disponemos de los significativos debates sobre la materia que atravesaron a la larga tradición del movimiento socialista, opacados por la insuperable atracción que ejerció el “modelo bolchevique”). Es necesario, en esta perspectiva, superar las lógicas sectarias y ensimismadas del “mini-partido”, para utilizar la expresión de Hal Draper, y concebir la constitución de una herramienta política en términos procesuales, donde la izquierda socialista y anti-burocrática se constituya en *tendencia* dispuesta a auto-organizarse políticamente en conjunto con otras experiencias populares y corrientes políticas tendencialmente anti-capitalistas. En el horizonte de refundar la izquierda revolucionaria en nuestro país ésta empieza a ser la tarea fundamental de nuestra coyuntura.

Amílcar Salas Oroño

1.

Hay algo excepcional en los tiempos actuales, esto es, en el capitalismo periférico del siglo XXI, el de la crisis financiera internacional. En líneas generales, sería el segundo momento de cambio multiplicador en las identidades político-partidarias desde la caída del muro de Berlín. Entre lo que sucede en América Latina y lo que está pasando en Europa es evidente que estamos frente a cambios de magnitud en términos de “fronteras políticas”, en lo que tiene que ver con las líneas que definen los discursos, acciones y comportamientos políticos. Quien recibe fuertemente estas consecuencias es, precisamente, la denominada “cultura de izquierda”. Se ha vuelto bastante difícil discriminar una distintiva “cultura de izquierda”, un lenguaje común, que sea propio de una “visión de izquierda”: por ejemplo, ¿cuáles son los productos artísticos —musicales, pictóricos, literarios— emblemáticamente de izquierda hoy en día? ¿Qué objetualidades/externalidades proyectan esa “cultura de izquierda”? Pareciera que la dispersión de la producción (de signos), propia de esta etapa del capitalismo, que se potencia en este tramo de la historia, también ha afectado a la izquierda. La “cultura de izquierda” ya no tiene la misma funcionalidad contenedora (identitaria) de antaño; ya no logra convertirse en ese espacio cobertor y organizador que, en términos de una economía psicológica, liberaba posibilidades para otras acciones. En el pasado, *ser de izquierda* significaba participar de una “cultura de izquierda” que, a través de ciertos elementos, sistematizaba la realidad de determinada forma. Hoy no existen esos elementos univerzalizables.

¿Dónde puede verse más claro esta declinación de la “cultu-



ra de izquierda"? En el debilitamiento del *internacionalismo* propio de la "cultura de izquierda", algo que le es constitutivo, originario. Si la noción de izquierda nace con la Revolución Francesa, lo es también el "impulso universal" que se deriva de la mística de la Declaración. Ya en estos últimos tiempos, y luego de la oxigenación ideológica que supuso el levantamiento zapatista —y luego Seattle o el FSM—, ahora hay una fuerte "retracción" internacionalista. No es una vuelta clásica al nacionalismo, pero es un momento en el que un aspecto clave de la cultura (tradicional) de izquierda queda relegada. Supongo "tradicional", porque los procesos políticos que viven, por ejemplo, varios países latinoamericanos, contienen elementos propios de una "cultura de izquierda"; y en ese sentido, la anterior "hermandad" de izquierda pareciera proyectarse en la "hermandad" latinoamericana. Pero está claro que son otros vínculos. Este "internacionalismo" en retroceso desvirtúa las formas del siglo XX de lo que se conoció como "solidaridad" de izquierda.

En líneas generales, hay que admitir que ciertas "tradiciones" se van disolviendo; en ese sentido, habrá que ver en qué medida la tesis de una "crisis civilizatoria" también afecta este plano. La "cultura de izquierda" tal como la conocimos, con la que se socializaron millones (!) de personas durante los siglos XIX y XX alrededor del planeta pareciera encontrar un punto de freno. Los indignados, las rebeliones árabes o los movimientos de "ocupación" de los espacios públicos en EE.UU u en otros países, no creo que puedan "encadenarse" entre sí tan fácilmente, como muchos analistas suponen. Pero lo que tiene menos sentido todavía es encuadrar movimientos tan diferentes en el marco de la (anterior) "solidaridad internacionalista" de la "cultura de izquierda". Eso pareciera corresponder a otra etapa histórica, incluso de la propia izquierda.

Aquella "hospitalidad militante" (de izquierda), que podía explicarse en circunstancias muy disímiles, tiende a desaparecer. En términos concretos: por ejemplo, cuando se encuentran dos "militantes de izquierda" de un continente y otro, ya no se verifican esos inmediatos interreconocimientos de empatía directa; se han abierto brechas culturales que quiebran los pizarrones —para utilizar una imagen de Mao— que antes formaban a todos (los de izquierda). Ya no hay una línea que marque una "cultura de izquierda" universal. Hay (otras) culturas militantes, o subculturas, no estrictamente de izquierda (salvo las formas de irradiación de los partidos de izquierda) que generan esas autoidentificaciones a la distancia, pero no bajo el signo usual de lo que se denominó "cultura de izquierda". Habrá que ver, entonces, qué pasa con la izquierda sin una propia "cultura", y sin su inherente internacionalismo.

2.

En el marco de estas *transiciones* para la izquierda (señaladas en la respuesta anterior), la perspectiva no puede darse por agotada definitivamente, de ninguna manera. Pueden reconocerse con mayor o menor claridad "decisiones políticas de izquierda" en ciertos gobiernos, pueden constatarse "discursos de izquierda", y otras realidades susceptibles de encuadrarse, no sin dificultad, dentro de la noción de izquierda. Es decir, quizás como "cultura de izquierda", como conjunto de símbolos y signos, se esté ago-

tando, pero eso no quiere decir que la noción de izquierda se anule. Quizás no pueda transmitirse como cultura, pero existe aún como principio de sistematización de la realidad, a través de cierto enfoque y aproximación de la dialéctica social.

Tampoco puede decirse que la izquierda está "refugiada" en alguna actividad concreta o adherida a algún sujeto social específico. Ni que se anide en una profesión, estilo artístico o modelos sociales.

Volviendo sobre el caso argentino, hay que admitir que no es un período de la historia de nuestras formas de comunicarnos, del lenguaje social argentino, que sea propicio para la izquierda, que supone una reflexión, análisis, disposición para la construcción de las respuestas —"sin teoría no hay movimiento". Hoy en día, los mediadores socioculturales principales son los periodistas, que hablan de todo, y dicen cualquier cosa. En ese sentido, la estructura socio-simbólica es lo menos favorable no ya a una "cultura de izquierda" sino siquiera a una "actitud" de izquierda. La izquierda es una reflexión a una situación previa, es la posición alternativa, el paso que viene después, el "sepulturero" de algo que existe: surge como contestación a un punto de partida anterior, como una reflexión sobre lo que está. Es lo que puede ver de otra manera eso que encierra, por ejemplo, el "jeroglífico de la mercancía". Luego, en el tiempo, habrá una salida práctica oportuna, pero como parte de una contextualización ideativa previa.

Se equivoca la izquierda (argentina, para el caso) si cree que entrando a la velocidad de los canales de información —*twitter*, redes sociales, televisión, etc.— y adaptándose a esos medios va a resolver la cuestión de su fragilidad en el sistema político o su presencia en el sistema social en general. Todo lo contrario, quizás se diluya aún más lo que es su particularidad: la reflexión, el análisis, el distanciamiento con la realidad. Ser de izquierda es una postura, emblemáticamente, fenomenológica, de procesar la realidad a través de los conceptos. No se debe perder de vista esta circunstancia. Y eso es justamente lo que tiene para "ofrecer" en el marco del kirchnerismo: tiene que saber cómo hacer para aportar aquello que le es idiosincrático. Lo paradójico es que debe hacerlo en el marco de coyunturas y percepciones colectivas que —por circunstancias que no es aquí donde deban describirse— se identifican con el kirchnerismo.

El kirchnerismo no es simplemente un determinado gobierno; hay una etapa histórica que puede enunciarse como kirchnerista, en tanto hay trazos y estilos que corresponden a esta época, y figuras públicas emblemáticas, músicas, consumos. Así como hubo una etapa peronista o menemista, también hay una etapa kirchnerista. Incluso buena parte de quienes se reconocen y se autoidentifican como de izquierda son, en ese sentido, kirchneristas (en la práctica): participan de los circuitos sociales singularmente recreados durante la etapa kirchnerista, sobre todo en lo que tiene que ver con su socialización a través del consumo.

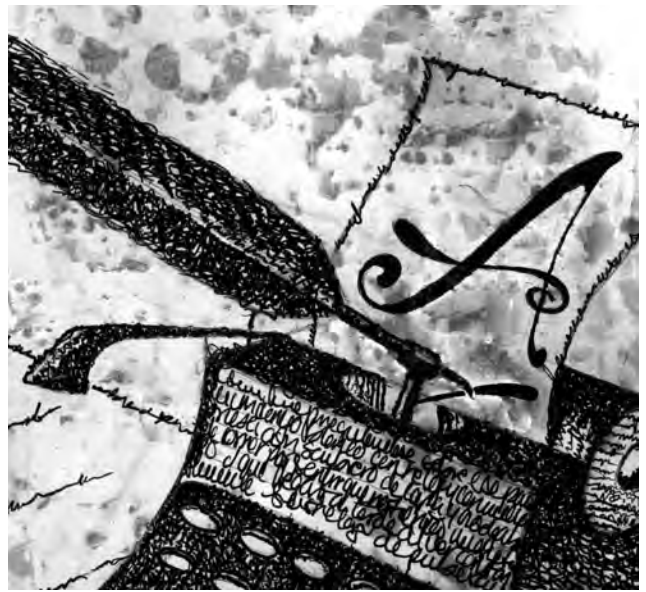
Desde un punto de vista argumental, la izquierda tiene que también poder procesar esto, y no simplemente colocarse por fuera siguiendo lo que es un posicionamiento electoral frente al gobierno. Puede seguir con las disposiciones "tácticas" que quiera pero hace falta que pueda elaborar su aporte "estratégico", proyectual, ideológico: si los *procesos históricos* se guían por las determinaciones de los *proyectos políticos* que lo promueven, la izquierda

tiene que estar en esa elaboración, en ese aporte, en esas ideas constructoras de la dialéctica general. Lo estuvo, a su manera, hace diez años, en el *proceso histórico* que supuso el 19 y 20 de diciembre del 2001. Puede mantener la distancia que quiera, pero incorporando y metabolizando (desde la crítica) analíticamente la experiencia social de la que participa. Como siempre ha sido: ser de izquierda es un desafío frente a la realidad, y a las formas de la realidad. Ahora toca superar esta duplicidad y contribuir a elaborar conceptualmente la etapa, a participar de lo que son los *proyectos políticos*: más que nunca, una "guerra de posiciones".

Jorge Sanmartino

1.

Pienso que la izquierda ha sido en su gran mayoría una *izquierda kantiana*, y en eso radica tanto su fortaleza como su debilidad. Su esencia es pensarse como potencia universal. La alabanza al universalismo fue plasmado con gran belleza en las páginas del **Manifiesto**, en el cual Marx pinta la carrera del productivismo y la globalización, donde todo lo sólido se desvanece en el aire. La izquierda anticapitalista llevó siempre el sello de la modernidad, porque el mismo comunismo realizado no es más que el reino de la abundancia superado el límite de la productividad capitalista. En esto continúa la tradición liberal democrática. Los derechos universales del hombre, la libertad, la igualdad ¡¡y Bentham!! Este es el componente kantiano del ideario de la izquierda, incluso de la izquierda marxista. Es el gran aporte de la izquierda a las luchas por la emancipación. Sin el ideario universalista de una sociedad sin explotadores ni explotados, no existiría un horizonte de emancipación humana. Pero la izquierda es kantiana también porque es unilateralmente *Moralitat* y no *Sittlichkeit*, exige transformar la realidad desde la raíz, arrasar con el pasado, las significaciones y el orden simbólico ordinario, una conciencia moral que considera que el mundo es desarmonía y construye uno propio desde el poder de su pensamiento. Lo universal como demanda imposible posee un potencial subversivo fundamental. Sin esa negatividad radical, ese loco frenesí lleno de estruendo y furia, no habría suelo para la emergencia de la positividad institucional. Por eso, aunque el universalismo abstracto de la conciencia moral revolucionaria se coloca por fuera de una sociedad a la que desprecia por estar corrompida, que abjura de las costumbres y la tradición según el *ethos* aristotélico y que reivindica Hegel como fundamento de una comunidad, ese universalismo unilateral y abstracto, puro deber ser más que realidad, sin anclaje en la historia y la tradición nacional es, sin embargo, un momento decisivo de la historia. Como dice Žižek, hay que desgarrar implacablemente las coacciones de la universalidad concreta orgánica premoderna, y afirmar plenamente el derecho infinito de la subjetividad en su negatividad abstracta. A pesar de que el terror revolucionario era un callejón sin salida, había que pasar por él para llegar al Estado moderno. Hace bien entonces la izquierda en sospechar del Estado como aquella "bella unidad orgánica" de Novalis y otros románticos o de la habermasiana capacidad ética de la acción comunicativa y su política del acuerdo. Pero los peligros del universalismo han sido demasiado patentes para no tomar esta exigencia como un objetivo que debe ser mediado por la tradición y la cultura popular. El poder negativo de la razón no deja



de ser solo un momento de la histórica ético-política. Al socialismo le ha pasado lo mismo que a la razón cuando en la **Fenomenología del Espíritu** ella fue capaz de derrotar a la fe: coronó su victoria con el asombro de que al final ¡la fe seguía existiendo! El socialismo, habiendo asumido el carácter universal de la clase obrera no pudo más que rendirse ante la evidencia: la tradición cultural, los mitos nacionales, la religión, los fantasmas del pasado evocados por el nacionalismo y el romanticismo ¡existen y hasta son agitados como un principio esperanza para afrontar los desafíos del futuro! El socialismo entonces, igual que la ilustración, se dio también sus propios mitos, como el progreso indefinido o la ciencia del socialismo científico, en que las potencias de la historia, a pesar de todo, siempre trabajan a nuestro favor. El sesgo del universalismo abstracto transformó al socialismo en una receta de cocina, lo desertificó, dejándolo sin nutrientes teóricos y sin un suelo nacional. Desde los estudios de la historia ética política de Italia realizados por Antonio Gramsci sabemos que la política nacional no es una simple refracción internacional sino un complejo y abigarrado proceso, condicionado sí, pero irreductible a cualquier lógica trascendente. El socialismo latinoamericano sufrió como nadie el cosmopolitismo. Por eso las filosofías del comunismo como revelación, de la aparición oscura, por ejemplo en Badiou, sustraído al tejido de evidencias, prejuicios y experiencias cotidianas, apartado de la doxa popular y no-representativa parecen multiplicar, en vez de enderezar, las carencias del materialismo althusseriano. O el comunismo inmanentista de Negri, donde la política como tal es impensable. Hoy el proceso de mundialización del capital implica una nueva escala móvil de espacios estratégicos, mundial, regional, nacional. Pero la dimensión nacional-popular es el punto de partida del verdadero universalismo, desde el cual se podría evitar el populismo del sentido común y el iluminismo elitista, sin dejar de hundirse en el barro de la experiencia popular pero sin abandonar la crítica radical de todo lo establecido. Una última cuestión, que la tribuna del revisionismo histórico y el romanticismo político suelen



olvidar, y es que la tradición universalista está presente en la tradición nacional, en la cultura popular por lo menos desde la independencia, cuando Moreno traducía, desde **La Gazeta de Buenos Aires**, a Rousseau, y se continuó con toda la tradición radical de Castelli y Monteagudo, para mencionar sólo a los más destacados jacobinos de mayo.

2.

Comencemos por la explicación convencional. Ella parte de que el clivaje político fundamental en Argentina nunca ha sido el de izquierda y derecha, salvo quizá un pequeño período a principios del siglo XX con el anarquismo y el socialismo. Radicales y conservadores o peronistas y anti-peronistas han sido las verdaderas fracturas de la política argentina, es decir, los antagonismos por donde pasaron las verdaderas luchas de poder y no la confrontación de ideas, siempre restringidas a pequeños círculos intelectuales. El resultado ha sido la marginalidad de la izquierda política en contraste con su fecundo aporte cultural. El resto de la explicación la conocemos: el carácter trágico del divorcio entre los sujetos interpelados por la izquierda y la izquierda misma, la ausencia de realismo político, la pérdida de un lenguaje popular, el síndrome del alma bella. Esta explicación se hace extensiva incluso a toda América latina donde, salvo algunas excepciones como Chile, se dice, predominaron los movimientos nacional-populares y no los partidos clasistas. ¡Y hasta se ha sostenido la desaparición misma del antagonismo derecha e izquierda! El resultado es o una izquierda melancólica y nocturna o un puñado de mesiánicos fuera de quicio. Pero ¿qué pasaría si de pronto comprendiéramos que ese carácter trágico y discordante es en realidad la figura del propio peronismo? Pongamos como ejemplo su crítica dependencia de las ideas y los movimientos políticos de la izquierda. Aunque como ideología no pueda más que combatir la lucha de clases, de ella dependió y depende dramáticamente. Para conquistar los corazones proletarios tuvo que derrotar al socialismo y al comunismo, aunque debió asumir su programa de reforma social y laboral. Su regreso en el '73 solo se efectivizó gracias al ascenso popular y la radicalización de izquierdas que con epicentro en el Cordobazo liquidó a la dictadura. ¿Cómo entender el tercer peronismo sin la revolución cubana y el ascenso continental protagonizado por movimientos y partidos que enarbolaban las banderas del socialismo? El peronismo, que forjó su doctrina en oposición al marxismo, que la combatió en los sindicatos, en las universidades, en los colegios y fábricas, no hizo más que, como decía Borges hablando de los espejos, reproducirla de manera infinita y abominable. Esa trágica existencia la sobrellevó más que ningún otro el mejor de los peronistas: John W. Cooke. Los comunistas en Argentina somos nosotros, dijo Cooke mientras su declive se hizo inexorable a medida que se acercó a la revolución cubana y la contemplaba como la culminación de toda revolución nacional. ¡El delegado de Perón! Su fatalidad personal, su alejamiento del General, su perenne aislamiento, ¡pero qué drama digno de un izquierdista! ¡Cuánta bella y sublime tragedia hay en el peronismo! Es que para Cooke como para esa colección exótica de izquierdistas peronistas, el socialismo era la etapa superior del peronismo. A secas el peronismo era sólo una promesa, un sujeto sin verbo, un atolladero. La verdad del peronismo como

movimiento popular residió en el potencial igualitarista que la izquierda ofreció como identidad y anhelo durante más de un siglo y medio. El peronismo no se concibe sin combatir a la izquierda, pero es inconcebible sin ella. Esta contradicción viviente es la expresión del carácter transformista del peronismo, es decir, de su capacidad para hacer suyas las demandas populares que la izquierda asume como arietes anticapitalistas, y normalizarlas como actos cotidianos de gobierno. Lo paradójico de su existencia es tender a la autonomía estatal sin poder alcanzarla nunca. Su triunfo es al mismo tiempo su disolución. Ahora podemos ver, desde un ángulo distinto, la resurrección del clivaje izquierda derecha. En realidad atravesó toda la vida política durante la historia del siglo XX dentro y fuera del peronismo. Sin comprender el peso decisivo que la izquierda tuvo en la vida política nacional, dentro y fuera de los grandes partidos nacionales, la explicación de los procesos populares se nos vuelve un jeroglífico. El énfasis sobre el carácter trágico de la izquierda induce a pensar la actuación y eficacia de la izquierda únicamente como partido de vanguardia partisano e independiente, un error que le quita a la propia izquierda una visión más amplia y fecunda de su propio derrotero, con sus aportes, aciertos y equivocaciones, con sus agrupamientos, literatura y su expansión capilar por todo el tejido de la sociedad argentina. Tampoco se debería separar tajantemente la esfera cultural de la política, como si la batalla por las ideas que en los años 60 de desarrolló en el campo intelectual y cultural, no hubiese sido un factor de primer orden para moldear la percepción de amplísimos estratos populares sobre lo que era y lo que debía ser la Argentina como país y sociedad. E implica deshistorizar la lucha de clases, pues los procesos reales nunca se dan *a priori* con el molde ideológico y organizativo que esperamos los intelectuales sino mediante formas complejas y contradictorias, y el peronismo ha sido su máxima expresión, como lo ha retratado muy bien desde el punto de vista de la conciencia obrera Daniel James en su consagrado libro.

Y esto nos lleva al punto central y contemporáneo de la discusión sobre el peronismo y la izquierda, me refiero naturalmente al concepto de hegemonía acuñado por Gramsci. No encuentro un concepto más adecuado para definir la tarea política e intelectual que tenemos por delante el amplio y heterogéneo mundo de la izquierda. En mi opinión el concepto de hegemonía es crucial para la política de izquierda justamente cuando se dan fenómenos híbridos y transformistas, porque no busca tanto el evento de crisis total y ruptura dramática que pueden darse contra dictaduras o gobiernos antipopulares como en los 90, sino que encuentra el momento de escisión en la capacidad de superar dicha experiencia en un sentido anticapitalista partiendo del "buen sentido" popular, es decir, de los antagonismos existentes y las herramientas reales y efectivas con que cuentan las clases subalternas en un momento dado. No intenta imponer su visión exclusiva y apriorística sino que articula visiones, sentidos y significados que están en disputa. No se contenta con la democracia radical ni abandona la perspectiva clasista, al revés, la sumerge en el proceso histórico real y la coloca sobre cualquier visión esencialista y sociológica de la clase. Exige una teoría de la política y del Estado que abandone el economicismo y el instrumentalismo, y entienda el conflicto tanto *contra* como *en* el Estado,

en las altas esferas del poder como en la epidermis de las relaciones cotidianas, en el conflicto entre el capital y el trabajo como en los múltiples conflictos sociales, articula la exigencia de soberanía nacional y la defensa del medio ambiente con una perspectiva socialista y democrática de la economía y las relaciones de poder. No hay una receta para el éxito, pero entender que la izquierda ha sido y sigue siendo un actor fundamental en la arena política argentina permite ser menos melodramáticos y más autoafirmativos, a condición de no reducir el mundo de la izquierda y comprenderla en toda su variada, amplia y rica tradición.

Beatriz Sarlo

1.

Para comenzar por el presente, ese “escenario llamado posmoderno”. La cultura de izquierda, en sus distintas vertientes, fue sensible a las transformaciones técnicas del mundo simbólico. Hoy eso significa captar las novedades del espacio cultural que se intersecta y se superpone con el político.

Hace tres décadas el tema de algunos sectores de izquierda fue el de los “nuevos” sujetos. Si se lo piensa en la perspectiva actual, y sobre todo en la futura, esos nuevos sujetos se constituyen en la cruce con las nuevas tecnologías. No se trata solamente de una “esfera pública electrónica”, como se llamó a la televisión en el pasado, sino de la dinámica de una esfera pública virtual, horizontalizada y que discute permanentemente sus jerarquías.

Los últimos dos siglos han mostrado que grandes giros ideológico-políticos se producen en relación y a veces fusionados con giros comunicativos y tecnológicos. Las políticas de izquierda (tendientes al discursivismo argumentativo y marcadas por su etapa de nacimiento: la del giro libresco de la cultura) definirán una parte de sus objetivos y seguramente muchas de las cualidades de sus sujetos dentro de las configuraciones de una nueva cultura. Así como la cultura de izquierda tradicional era inseparable de la idea del “periódico” (comunistas, socialistas, anarquistas compartieron la certidumbre sobre la capacidad ilimitada de este instrumento), las nuevas culturas de izquierda necesitan seguir la transformación que las impulsa hacia el horizonte técnico de la nueva era. Eso implica grandes desafíos que no pueden resumirse en la oposición iluminismo-historicismo romántico.

En cuanto a “la reafirmación crítica de una tradición histórica de izquierda”, tengo mis dudas, si se examina la historia de la izquierda argentina posperonista. Salvo las estructuras partidarias que durante mucho tiempo permanecieron idénticas a sí mismas (un ejemplo para entendernos: el Partido Socialista Democrático, que tuvo escasas cualidades de izquierda, para decirlo atenuadamente), casi todas las agrupaciones de la izquierda y muchos de los intelectuales que aceptaron esa nebulosa denominación, trataron de hacer cuentas con el “iluminismo”. Ya sea, primero, por la adhesión a la revolución cubana: voluntarista, plebiscitaria, mesiánica cuando encaró diversas experiencias guerrilleras; a la revolución china: una traducción localizada y llena de color local de tesis muy elementales del hegel-marxismo y del stalinismo; a los regímenes populistas, explicándolos en términos que disolvían los lastres iluministas y los reencuadraban en perspectivas historicistas.

Los argentinos conocemos extraordinariamente bien estas mezclas, donde Althusser podía alojarse en el guevarismo de Cristianismo y Revolución. Así se buscó, desde hace cincuenta años, una interpretación de los movimientos populares que sostuviera algún tipo de síntesis teórica, histórica y, naturalmente, política. Los efectos de lenguaje son importantes: iluminismo tiene casi exclusivamente connotaciones peyorativas. Quien eventualmente acepta la denominación dentro de la izquierda intelectual, lo hace como desafío polémico. No sucede eso con el historicismo.

2.

No sé si puede hablarse de una “cultura de izquierdas”. Prefiero pensar en dos direcciones.

La primera es la del pensamiento crítico. No existe ninguna posibilidad de una cultura de izquierda que no lo tenga como disciplina intelectual. Diría más: el pensamiento crítico es la *forma mentis* de la cultura de izquierda. Más todavía: la izquierda podría definirse como la instancia crítica sistemática de una sociedad.

La segunda es la de las líneas temáticas que se cruzan en un espacio que podría llamarse, para usar la denominación histórica, “de izquierda”, pero que no excluye a otras manifestaciones ideológicas. Tal el caso del ambientalismo: si bien es condición actual de un campo de izquierda, es mucho más inclusivo que la definición de ese campo virtual. Los “nuevos derechos”: identidad de género, reconocimiento legal de las opciones identitarias, etc. plantean otras cuestiones, todavía más difíciles de encarar conservando un eje en la izquierda. Podrían convertirse en exitosos administradores y organizadores de la política de izquierda si desplazaran la centralidad que tiene la desigualdad económica, social y política.

Sólo con los “nuevos temas” la izquierda deviene un fenómeno cultural. Por otra parte, las políticas identitarias son, en última instancia, particularistas. La izquierda tiene que incorporarlas porque no hacerlo equivaldría a ignorar que se vive en una esfera pública hecha de particularismos. Pero la desigualdad no es solamente cultural ni identitaria sino de base socio-económica. Si la izquierda se retira de este territorio, no hay culturalismo progresista que pueda salvarla, ni volverla significativa para la mayoría, que no se define solo por una identidad cultural sino en relación a las desigualdades económicas, laborales, educativas, urbanas y territoriales.

Finalmente, vivimos en Argentina. La izquierda tiene el tema democrático-institucional como uno de sus campos obligados. No es aconsejable una transacción entre derechos, que implique que la sensibilidad por las desigualdades materiales sostenga, al mismo tiempo, una negación de las desigualdades políticas, la arbitrariedad institucional, el acceso diferenciado al aparato del Estado y el control de los recursos por minorías que no responden por sus actos.

Daniel Szabón

El cuestionario parte de una serie de postulados por lo menos discutibles. Ni la relación entre izquierda e “iluminismo” es lineal, ni existe una distancia infranqueable con el historicismo, el nacionalismo o el romanticismo. Por el contrario, estos elementos convivieron siempre en tensión en las diferentes formas con-



cretas que históricamente adoptó dicha "cultura".

Por su parte, la separación tajante entre izquierda y "cultura peronista", y el pretendido carácter "hegemónico" de esta última, dicen más sobre los supuestos de las preguntas que sobre los problemas aludidos. Reducir analíticamente fenómenos políticos complejos no parece ser la mejor forma de comprenderlos en su despliegue histórico, única dimensión en la que se puede juzgar el sentido de las posturas y acciones que adopta. No percibir la difícil coexistencia en distintas fuerzas políticas de elementos que buscan la transformación de las condiciones sociales, políticas y económicas, con otros dirigidos a su preservación, es negarle a la izquierda una posibilidad clara de intervención. Es no ver que una parte de tales fuerzas *ya están dentro* del kirchnerismo.

Este cuestionario supone que existen líneas *a priori* que la izquierda "debería" adoptar o evitar, de acuerdo a un curso de acción previamente conocido. Pero el mapa nunca es el territorio; la naturaleza de la política requiere combinar la mirada cenital con una más cercana al terreno sobre el cual se pretende intervenir. Sólo cuando la izquierda intenta traducir su programa de transformación social y económica en medidas, posturas y acciones concretas, recién en ese momento, empieza a actuar *políticamente*.

No hacerlo, limitarse a ser una "cultura" crítica, la circunscribe al terreno simbólico. Es sintomático que muchos le nieguen al kirchnerismo lo que no dudaron en otorgarle a los episodios de diciembre de 2001, cuando las potencialidades rupturistas de las consignas pronunciadas fueron leídas como propias de la "cultura de izquierda". Para esta forma de entenderla, tal cultura es más fácil de encontrar en el registro discursivo que en el de las acciones.

Por el contrario, la experiencia kirchnerista llevó a cierta izquierda a moverse en el territorio mucho más escarpado de las realizaciones concretas. Pasó a formar parte de un movimiento más amplio que pretende la transformación de las condiciones sociales, aunque para ello deba aceptarlas en gran medida. Esto supuso enfrentar las dificultades y desafíos propios de toda intervención política.

En función de decisiones tácticas, algunas de sus pretensiones de cambio se dejaron de lado, siquiera momentáneamente. Para articular acciones con una diversidad de actores sociales, debe convivir con ocasionales "compañeros de ruta" con los que en muchos casos no comparte valores o concepciones del mundo.

Esto también implicó reformular (al menos coyunturalmente) su concepción del Estado como mero agente de reproducción, para apreciar las posibilidades que brinda su manejo en función de objetivos más inmediatos pero, por lo mismo, mucho menos ambiciosos. Y adaptarse a las modalidades de acción de la política de partidos, abandonando el recurso del desenlace revolucionario o la impugnación global del sistema económico y político.

Desde luego, nada obliga a la "cultura de izquierda" a conformarse a esta aceptación de las áridas condiciones de la política "realmente existente". Pero el precio a pagar por evitar este gris destino puede ser resignarse a vivir "anidando" en reductos encapsulados, al margen de toda contaminación, siempre idéntica a sí misma. Si en cambio prefiere formar parte del tejido vivo del conjunto social, si está dispuesta a intervenir en él, deberá abrirse a

la aceptación de sus condiciones de existencia.

Éstas incluyen elementos culturales que históricamente cierta izquierda ha sido reacia a aceptar, considerándolos simplifadamente como meros elementos de reproducción de la estructura social. Pero en las condiciones de funcionamiento de la vida colectiva residen *también* las de su modificación. El peso relativo de los elementos transformadores y conservadores en el kirchnerismo depende del desarrollo de la contienda política, tanto al interior de dicho espacio como frente a sus adversarios externos. No puede ser fijado de antemano, no forma parte de ninguna tradición esencialmente definible. No está determinado.

Si el peronismo ha logrado sobrevivir en el tiempo, tomando hoy la forma de kirchnerismo, ha sido por su capacidad para absorber las tensiones sociales estructurales y canalizarlas en forma política. Por tal motivo, y al igual que todos los fenómenos políticos colectivos de cierta complejidad, es un espacio en disputa. En esta disputa, la izquierda debe intervenir activamente, dentro o fuera del kirchnerismo, pero siempre en su terreno de acción: la lucha política.

Pablo Solana

1.

Creemos que hay elementos en la historia política de las izquierdas en Argentina y América Latina que ya abordaron esa revisión, que buscaron superar la distancia entre la izquierda y los movimientos populares de masas existentes en el capitalismo periférico y colonial. A partir de esa relectura crítica se constituyó una de las más novedosas vertientes de la izquierda anticapitalista en el continente, que se identifica como latinoamericanista, antiimperialista, popular y plebeya. Tal vez haya sido Mariátegui quien más claramente puso en cuestión los paradigmas de izquierda ajenos a la realidad social y política latinoamericana. El "socialismo indoamericano" surge como respuesta a una configuración social distinta a la analizada en los textos clásicos del marxismo europeo, pero no sólo eso: la propuesta de un socialismo que deba ser "ni calco ni copia, sino creación heroica" habilitó replanteos políticos y orgánicos que alimentaron la búsqueda de nuevas ideas y nuevas vías al socialismo. La revolución cubana, y los pensamientos de Fidel y el Che, constituyeron otro mojón imprescindible para comprender el decurso de esa "nueva izquierda" con pretensiones revolucionarias y socialistas, nutrida además por aprendizajes contrahegemónicos a partir de las luchas concretas de la época en Nuestra América.

En Argentina ese vínculo se manifestó, por ejemplo, en los orígenes mismos de ese gran movimiento histórico que fue el peronismo. Como señala Horacio Tarcus en la Introducción al **Diccionario biográfico de la izquierda argentina**: "El movimiento obrero peronista (...) se nutre de una gran masa obrera que lleva consigo concepciones, prácticas de organización y movilización y un imaginario forjados en el sindicalismo y el socialismo". Ya después del golpe del 55, la resistencia peronista se iría apropiando, con mayor o menor claridad, de conceptos como "lucha de clases". En ese contexto surgieron expresiones organizadas que resultaron "puentes" efectivos entre una vertiente de izquierda con vocación revolucionaria y ese movimiento "nacional y popular" volcado a la resisten-

cia. Ejemplo de esto fueron John W. Cooke y la agrupación Acción Revolucionaria Peronista, que vinculó al peronismo revolucionario con el ideario del Che y la revolución cubana, y apoyó al Ejército Guerrillero del Pueblo que impulsó Jorge Massetti en el norte argentino. Nutrieron esa tradición también las Fuerzas Armadas Revolucionarias, organización conformada por ex integrantes del Partido Comunista con el objetivo de apoyar al Che en Bolivia, que después terminó fusionada con Montoneros. El Peronismo de Base con su propuesta de “alternativa independiente” de la clase obrera, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, e intelectuales como Puiggrós o Hernández Arregui, permitieron a algunas de las vertientes de izquierda tejer lazos con el nacionalismo popular. También la “nueva izquierda” surgida en los 60 y 70, si bien de conformación mayoritaria no-peronista, encontró en estas expresiones canales de diálogo con el peronismo incluso en el marco de las categorías marxistas que le resultaban más afines, como muestra el debate que Carlos Olmedo, dirigente de FAR, mantuvo con el PRT en forma pública a través de revistas como **Cristianismo y Revolución** durante 1971.

Creemos que esta tradición se encuentra vigente. El historiador Miguel Mazzeo denomina “nueva nueva izquierda” a diversas expresiones surgidas a partir de las resistencias al neoliberalismo en los 90 y de parte de los “nuevos movimientos sociales” que, visualizados a partir de su protagonismo en la crisis del 2001-2002, en la actualidad se desarrollan “politizando” sus construcciones sociales y buscando dar “carnadura social” a sus planteos políticos, que anidan en la tradición latinoamericanista y popular y se enriquecen reactualizando definiciones más afines al ideario libertario que al de la izquierda clásica, como la democracia de base y la lucha contra el patriarcado.

2.

Definitivamente creemos que la izquierda debe superar la testimonialidad y la espera crónica de la Gran Crisis, y volcarse con energía cotidiana y efectividad a construir poder social y político tras un ideario socialista, como tarea estratégica. A la vez, entendemos que esto no podrá realizarse en el marco de la hegemonía peronista/kirchnerista (que en la actual etapa propone un “capitalismo en serio”, algo diametralmente opuesto al ideario de izquierda). Creemos que la izquierda debe encarar esa tarea en forma creadora, sabiendo confrontar con esa hegemonía kirchnerista cuando agrede los intereses populares (enfrentando al modelo extractivista, por ejemplo), y sabiendo a la vez destacar sus aciertos (por caso, en la geopolítica latinoamericana). Pero sobre todo, esa perspectiva estratégica de la izquierda se alimentará construyendo poder social y político (poder popular) desde las bases y con vocación transformadora, siempre con independencia y más allá de cualquier hegemonía gubernamental.

Dicho esto, cabe aclarar que la identidad peronismo/kirchnerismo, como toda referencia al peronismo, necesita de precisiones. Según nuestra mirada el kirchnerismo no expresa un proyecto “nacional y popular” del que la izquierda no debería ser ajena, sino un modelo neodesarrollista acorde a la nueva etapa que el capitalismo requiere, como señalan Mariano Féliz y Emiliano López en su libro **Proyecto neodesarrollista en la Argentina**.

Claro que esta mirada no debe habilitar lecturas “gorilas”. Por

el contrario, reivindicando la tradición de una izquierda popular y plebeya, debemos seguir esforzándonos por recrear nuestros planteos políticos, sin claudicar en los objetivos estratégicos anticapitalistas y principios emancipatorios. Creemos que eso se expresa con más claridad, en la actualidad, a través del bolivarianismo que en Venezuela permitió la confluencia de sectores de ideología nacional con expresiones de la izquierda revolucionaria tras una prédica socialista; eso expresa el proceso vigente en Bolivia, fruto de la unificación de movimientos indígenas con un ideario nacional-latinoamericano; y podemos suponer que algo de esa tradición se expresa, a su modo, en la elección de esa guerrilla novedosa surgida en Chiapas hace casi dos décadas cuando, aun desde sus concepciones radicales respecto al Estado, eligió incorporar en su propio nombre la denominación “... de Liberación Nacional”.

La “cultura de izquierdas” hoy anida en muy diversos ámbitos, tantos como expresiones de izquierda podamos encontrar, que no son pocas en nuestro país. Dicho esto, nos parece útil proponer un camino que vaya revirtiendo y superando esa fragmentación, desarrollando una práctica militante que haga su propio trabajo de arraigo popular y de sedimentación identitaria. Una “nueva nueva izquierda” o “izquierda independiente” (de las lógicas del poder de las clases dominantes y el capital, pero también de los dogmatismos de la vieja izquierda) es necesaria. Y posible, como se ve, por ejemplo, en la Coordinadora de Organizaciones y Movimientos Populares de Argentina (COMPA). Se trata de un espacio que puja por tener cada vez más protagonismo, aunque hoy sea más reconocible a través de su importante desarrollo en el movimiento universitario, los movimientos barriales, la militancia de solidaridad latinoamericanista, el desarrollo de grupos políticos culturales, y en forma más incipiente en colectivos de pequeños productores y en la nueva generación de trabajadores que impulsa un sindicalismo clasista y de base. Se trata, como decimos, de movimientos y organizaciones que se identifican en esta vertiente de la izquierda que reivindicamos, readeuada a las condiciones históricas actuales.

Pablo Stefanoni

1.

Es difícil responder a esta pregunta por fuera de las dinámicas reales de las izquierdas y de los sujetos que deberían renovar la “tradición de izquierda”. En mi opinión, no es posible pensar una actualización *tout court* de los amplios debates y discusiones que Altamirano trata en el libro en las condiciones del mundo actual. La propia idea de pueblo es hoy problemática —al menos en el sentido de los años 50, 60 ó 70—. Aunque sigue habiendo obreros y sindicatos, la clásica interpelación obrera parece arar en el desierto (y creo que decir que ahora hay una pluralidad de sujetos no resuelve mucho las cosas). Así, el propio clivaje izquierda/derecha encuentra cada vez más problemas. No creo que tenga sentido seguir pensando qué hacer con el peronismo, a menudo ello conduce a “hacerse peronista” (o kirchnerista), a veces a partir de tardíos “descubrimientos” del peronismo.

Aunque creo que sigue siendo políticamente productivo, la vigencia del término izquierda no se relaciona en mi opinión con su capacidad para armar un “gran clivaje” izquierda/derecha. Su



potencialidad se vincula a objetivos más limitados pero no menos potentes: una agenda de izquierda puede poner en debate temas que ni el nacionalismo ni el indigenismo van a propiciar, en pos de una democratización radical de la sociedad. Además de una agenda anticonservadora en el terreno ético-moral, la izquierda debería reponer lecturas socioeconómicas del conflicto social que las visiones binarias del nacionalismo sólo lee en términos organicistas. Lo mismo vale para discusiones sobre posibles articulaciones Estado/mercado que indigenistas y poscoloniales intentan resolver con cuestionamientos genéricos a la civilización occidental y los nacionalistas mediante lecturas politicistas (empresarios “patriotas” o “antipatriotas”, por ejemplo) o ilusiones desarrollistas de matriz “cincuentista”. La anulación de la pertinencia de la vigencia del término “izquierda” suele generar, a menudo, un silencio sobre esa agenda que es neurálgica a la hora de pensar el cambio político, social y cultural.

Creo que la luz de los actuales procesos latinoamericanos, no se trata de reclamar el privilegio ontológico de la izquierda sobre otras matrices y tradiciones, sino de pensar una posible articulación entre izquierda, nacionalismo popular y democrático e indianismo/decolonización para pensar un proyecto emancipatorio que dé cuenta y luche contra una pluralidad de opresiones. Esto no tiene nada de particularmente nuevo; lo nuevo, en todo caso, es que ya no se trata sólo de un debate teórico en un auditorio universitario, sino de una discusión que define tomas de posición concretas frente a los gobiernos “populares” realmente existentes. Pero esas articulaciones están llenas de puentes y precipicios.

2.

Creo que el problema es que lo que podríamos llamar la “cultura de izquierda” se ha debilitado al extremo, al menos si hablamos de una cultura asentada en cierto tipo de instituciones (partidos, sindicatos, espacios culturales...). Por otro lado, pervive —e incluso se ha expandido— un sentido común o sensibilidad que en general pivotea en el nacionalismo de izquierda, el latinoamericanismo, etc. Pero el debilitamiento de la “cultura de izquierda” es un fenómeno más general. Es notable que en el ámbito latinoamericano, en los que suelen ser llamados gobiernos radicales (Venezuela, Bolivia, Ecuador) sus fuentes de radicalidad no provienen tanto de la izquierda como del nacionalismo (clivaje patria/antipatria, estatizaciones, antiimperialismo, etc). En estos países, izquierdas más bien débiles y dispersas encontraron en el nacionalismo (y el indigenismo) tablas de salvación para revivir. Entretanto, las izquierdas que alcanzaron el gobierno (Brasil, Uruguay y en parte el Partido Socialista chileno) sufrieron en mayor medida los impactos de las crisis ideológicas de la socialdemocracia y del marxismo, y evolucionaron hacia una centroizquierda que hizo que aunque se mantiene “la cultura” de izquierda, sus posiciones carecen de un horizonte de transformaciones en el que insertar las reformas en marcha y son rehenes de un posibilismo a menudo bastante extremo (eso no quita que en las alas izquierdas de estos partidos se siga hablando incluso de socialismo pero ello está desarticulado de proyectos de transición efectivos y viables).

En el caso argentino, lo que en el libro Altamirano llama las “izquierdas tradicionales” o están casi en vías de disolución (el

Partido Comunista) o hace tiempo que es difícil calificarlas como de izquierda (el Partido Socialista). Por otro lado, están los grupos trotskistas que mantienen un peso más bien testimonial o acotado a ciertos espacios no generan culturas políticas ni irradiaciones ideológicas significativas: es notable que pese a la cantidad de dirigentes intelectuales que militan en forma profesional estos grupos no hayan podido (o querido) producir una obra significativa sobre la historia, la economía o la política argentina. Notablemente, el maoísmo (Partido Comunista Revolucionario) muestra una fuerte ductilidad para participar en frentes de masas: universidades, la Corriente Clasista y Combativa, Plataforma 2012, con posiciones generalmente nacionalistas. Pero en todos estos casos creo que se trata de culturas de izquierda residuales —y a menudo desacopladas de los “estilos de vida” de los propios militantes— e incapaces de dar cuenta de muchos de los fenómenos del mundo actual.

Finalmente hay una variedad de agrupamientos que suelen combinar ciertas visiones “populistas” sobre el pueblo con influencias más nuevas como Antonio Negri, el zapatismo e ideas sobre la construcción de poder popular territorializado (como el Frente Darío Santillán, algunas agrupaciones piqueteras y universitarias, etc.). Quizás sean estos los que han renovado en parte la cultura militante, aunque en general tienen muchas dificultades para crecer más allá de ciertos espacios específicos y suelen afrontar diversos tipos de crisis.

Horacio Tarcus

La izquierda es una heredera crítica del proyecto de la Ilustración, crítica pero heredera al fin. Karl Marx, el más influyente de los fundadores teórico-políticos de la principal familia de las izquierdas (el socialismo y sus descendientes, los comunismos del siglo XX, con todas sus variantes), no sólo suscribió sino que radicalizó el programa de la Ilustración. Hizo suya, colocándola en el corazón mismo de su sistema teórico, la idea matriz iluminista de que el mundo, tanto el físico-natural como el humano, debía ser concebido como una totalidad estructurada cuya intrínseca racionalidad y cuyas leyes de movimiento podían ser aprehendidas conforme a un método (o un conjunto de métodos) adecuado(s) (llámese método científico o dialéctica). Esa capacidad humana de descifrar no sólo los secretos del mundo físico-natural sino también, y sobre todo, los jeroglíficos de la actividad humana estaba, en el núcleo teórico del pensamiento marxiano, intrínsecamente vinculada a la capacidad de transformarlos. La transformación revolucionaria de la sociedad era posible porque ésta era cognoscible. Pero, añade Marx, y éste es sin duda el meollo de la “filosofía de la praxis” de raíz hegeliana, ésta es cognoscible en la medida en que es transformable. El conocimiento es concebido aquí no como pasiva contemplación o reflejo de lo real en la mente humana, sino como praxis humana transformadora, inherente a la acción del trabajo sobre la naturaleza y a la acción política sobre la sociedad.

Ahora bien, si es cierto que Marx cuestiona lo que para el materialista ilustrado es el fetichismo de la “objetividad”, la “realidad objetiva” exterior al sujeto del conocimiento —al postular el carácter relacional de lo social (el mundo social mismo como praxis

humana totalizada)—, no es menos cierto que al mismo tiempo no solo no desconoce sino que está imbuido de la confianza racionalista, propia de la Ilustración, de una realidad estructurada como un todo susceptible de ser aprehendida (sean sus leyes de hierro, de bronce o de corcho) y al mismo tiempo transformada (ya sea la Naturaleza por el trabajo, la ciencia y la técnica; ya sea la sociedad por el Proletariado).

La confianza de Marx en la razón —ciertamente, una razón dialéctica, immanente al proceso histórico—, en las ciencias, en el progreso —en cuyo altar se sacrificaban milenarias tradiciones, creencias y culturas—; y, en definitiva, en la intrínseca unidad, universalidad y potencial autoemancipación del género humano, no eran meras creencias decimonónicas, adherencias susceptibles de ser extirpadas quirúrgicamente de su sistema de pensamiento. El proyecto del socialismo como sistema universal, susceptible de exceder y trascender al capitalismo, heredando y potenciando más allá de los estrechos límites nacionales de las burguesías y sus Estados valores universales, prometiendo no sólo la emancipación social (de clase), o la emancipación de la mujer, o la de los jóvenes, o la de las minorías oprimidas, sino la emancipación humana misma, se fundaba en esas ideas matrices de la Ilustración.

Asistimos, en las últimas décadas, al fracaso de este proyecto colosal, tanto en sus versiones socialdemócratas como comunistas, sean ésta la soviética o la china, la yugoslava o la vietnamita. Aunque estos proyectos estaban agotados desde mucho tiempo antes que 1989, puede afirmarse que no existe hoy, más allá de focos puntuales de resistencia social emancipatoria (o reaccionarios, como los fundamentalismos religiosos), un proyecto global alternativo a la arrasadora globalización capitalista.

Con este fracaso, asistimos pues al impúdico triunfo mundial del único proyecto universalista que quedó en pie: la globalización del capital. Mientras las izquierdas no logren refundar un proyecto alternativo, digamos una alterglobalización, ciertas resistencias a la misma van a nutrirse del pensamiento reaccionario de la anti-Ilustración, sea en una u otra de sus vertientes.

El movimiento anti-ilustrado, que de modo emergente cuestionaba ya con Vico la existencia de leyes universales y afirmaba la unicidad de cada una de las culturas, alcanzó su primer umbral con Hamann, el teólogo alemán que sostenía que la verdad no podía ser universal sino particular, pues la razón era un pobre instrumento humano exterior a las cosas mismas y por lo tanto incapaz de descifrar los designios de Dios al crear el mundo, las plantas y los animales. Fue su discípulo Herder —y sigo aquí el hilo del conocido ensayo de Isaiah Berlin, “La contra-ilustración”— quien atacó el carácter abstracto y totalizante de la razón ilustrada en nombre de un conocimiento fundado en la individualidad y el “sentir dentro”. No hay, pues, criterios racionales y universales que permitan fundar idea alguna de Progreso, pues cada cultura o totalidad orgánica tiene su propio “centro de gravedad”. Si bien Herder no fue nacionalista, los nacionalismos culturales y políticos se sirvieron a gusto de su obra. Por su parte, al famoso ataque de Burke contra los principios revolucionarios franceses en nombre de los “miles de hilos”, invisibles a la razón ilustrada, que atan a los seres humanos dentro de un todo históricamente sagrado, se sumaron las influencias y sombras

doctrinas de Joseph de Maistre: no es posible fundar un orden social en la razón, pues esta es controvertible y por lo tanto destructible; el único modo de someter la naturaleza agresiva del hombre es bajo la autoridad inapelable de una iglesia, un Estado o una élite aristocrática. La razón conduce, pues, a la discusión y finalmente a la rebelión; siendo la “irracionalidad” la efectiva garantía de la paz, el orden y la seguridad.

Seguindo estas líneas necesariamente generales, señalemos que fueron los nacionalismos anti-ilustrados europeos los que nutrieron el pensamiento nacional-populista latinoamericano. Contra la idea de una línea civilizatoria de origen europeo o norteamericano, levantaron formas alternativas de desarrollo nacional, regional y local a la expansión del capitalismo en sus territorios. El clásico e influyente ensayo de Fermín Chávez, **Civilización y barbarie en la historia de la cultura argentina** (1956), se fundaba precisamente en una serie de dualismos que remitían a la confrontación Ilustración / Anti-Ilustración: Civilización (europea) / Barbarie (americana); Liberalismo (europeo) / Nacionalismo (argentino, latinoamericano); constitución formal / constitución real/material (fundada en las costumbres, tradiciones, suelo...); Buenos Aires / Provincias; élites letradas (doctores, intelectuales) / Pueblo (trabajadores + ejército); Progreso / Soberanía; ideas “espúreas”, “postizas”, “ficticias”, producto de “infusión”, “transplante”, “importación” / cultura “raigal”, “endógena”, “originaria”; “saber libresco” / “saber popular”.

Ciertamente, el triunfo del programa anti-ilustrado alimentando las culturas de resistencia al proyecto civilizatorio del capitalismo no sucedió repentinamente en 1989. Los nacionalismos primero y los populismos enseguida después desafiaron con éxito el universalismo y el racionalismo de las izquierdas clásicas, ya desde los años 1940. De nada sirvieron las críticas de aquellos que, como Borges, mostraron las paradojas del origen “foráneo” del nacionalismo, o del anti-intelectualismo que profesaban los propios intelectuales nacionalistas. Numerosos estudios han señalado el repliegue del programa izquierdista de raíz ilustrada y la progresiva adopción de las ideas y valores del programa anti-ilustrado por parte de lo que dio en llamarse la “nueva izquierda” en América Latina. Claudia Gilman mostró en su libro de referencia el efecto desarmante que tuvo para las izquierdas clásicas y sus intelectuales, esto es, para cualquier programa basado en ideas, programas, proyectos, la inesperada irrupción en enero de 1959 de una “revolución sin teoría”; acto seguido, una ola de anti-intelectualismo culposo cundió en la segunda mitad de los años sesenta entre los propios escritores cuando la pluma del intelectual aparecía como ineficaz frente al fusil del guerrillero y un privilegio frente a la herramienta manual del pueblo trabajador.

Sin embargo, este anti-intelectualismo de raíz populista tenía precedentes a la Revolución cubana, como lo evidenciaba en nuestro país ya en la década de 1950 un filósofo argentino formado en la Sorbonne y desde las páginas de una revista sofisticada y para minorías como **Contorno**: el peronismo, escribía León Rozitchner, había venido a “desnudar” con su caída la crisis argentina; y en ese sinceramiento, los intelectuales de origen burgués o pequeño-burgués habían puesto de manifiesto su inoperancia y su desconcierto. Debían buscar puentes hacia la clase obrera, pues era ella la que representaba la negación dialéctica del orden burgués. La



razón en acto del proletariado podía subsanar la inoperancia de la razón abstracta del intelectual ilustrado. Aunque este programa se enarbolaba en nombre del marxismo, era el triunfo de Sorel sobre Marx. Siguiendo el camino abierto por Puiggrós y por Ramos, también esta franja de intelectuales marxo-frondicistas pondrían el eje en la “liberación nacional”. Ciertamente, añadían “y social”, aunque la dimensión social de la emancipación humana (esto es, el socialismo) se desdibujaba crecientemente frente al ensanchamiento de la liberación nacional (esto es, el peronismo).

Lo mostró Carlos Altamirano en el libro que se cita en la pregunta bajo la forma de autoculpabilización de las clases medias, así como también Oscar Terán había revelado en **Nuestros años sesentas** cómo el “proceso al liberalismo” que postulaba un nazionalista como García Mellid, por citar un título emblemático de los años 1950, fue progresivamente asumido por la intelectualidad de izquierda, que se peroniza masivamente entre fines de la década de 1960 e inicios de la siguiente.

El proceso kirchnerista en curso, aprovechando no solo el “viento de cola” del alza de los precios de las *commodities* sino también el de la crisis de la modernidad, atrajo buena parte de lo que quedaba de la intelectualidad de izquierdas. Aunque nadie se atreva a afirmar que se trata de una revolución, bien puede afirmarse que el kirchnerismo aparece como un proceso de transformaciones sociales y políticas significativas que no fueron jamás anunciadas en programa alguno ni debatidas en ninguna instancia colectiva. Los intelectuales ilustrados de los '60 sucumbieron a los encantos anti-intelectualistas de una “revolución sin teoría”; hoy, otra franja intelectual izquierdista, sucumbe ante el encanto irresistible de la reforma sin programa. Estos intelectuales parecen haber sacado la conclusión que la función clásica con la que estaban comprometidos (cuestionar las prácticas políticas, sociales y culturales conforme a cierto entramado de valores y razones universalistas, llámese “socialismo”, “anarquismo”, etc.) los mantenía confinados en la marginalidad. Es así que buena parte de los últimos izquierdistas ilustrados asumieron no sin torsiones la impotencia de la razón crítica y pasaron a ser los legitimadores de las transformaciones prácticas; cansados de buscar en vano la realización de la razón, se convirtieron en racionalizadores de lo real, del rol de ilustrados pasaron al papel de ilustradores.

Entre ellos, mentar la tradición ilustrada de la izquierda es, como dice el refrán, mencionar la sogá en la casa del ahorcado. Cualquier estudiante de filosofía política podría señalar frente a estas dos grandes tradiciones de la modernidad, la ilustrada y la anti-ilustrada, innumerables ejemplos de claroscuros, tensiones, préstamos. Todos sabemos que Rousseau fue romántico al mismo tiempo ilustrado, que Hegel y Goethe ensayaron síntesis entre el pensamiento ilustrado y el romanticismo, que Herder admiraba a Diderot y que a su modo intentó concebir una Idea de Humanidad que articulase la suma de las culturas, que fue el joven Marx —influido por Rousseau— el que ensayó la crítica más acerba a la ideología de los derechos del hombre; que el último Marx reconsideró su juicio despectivo acerca de los populistas rusos; que Horkheimer y Adorno mostraron que la lógica de los totalitarismos modernos no era otra que la razón instrumental; y que la historia del socialismo, de William Morris a E.P.

Thompson, y de Pierre Leroux a Michael Löwy pasando por Benjamin, se vio atravesada por el pensamiento del ala revolucionaria del romanticismo.

Todo esto es bien conocido. Pero lo que me interesa remarcar es la vigencia fundante y matricial de estas dos grandes líneas, la ilustrada y la anti-ilustrada, en la conformación de las ideologías contemporáneas, en la medida en que estas grandes líneas continúan alimentando las culturas políticas del presente. Las grandes figuras políticas e intelectuales de la época contemporánea —el jacobino y sus herederos, los izquierdistas, por una parte; y el anti-ilustrado y sus herederos, los nacionalistas y los populistas, por otra— serían incomprensibles sin acudir a ellas. Se me dirá que en las izquierdas reales y en las culturas políticas realmente existentes estas figuras existen confundidas. Ciertamente. Pero insisto: todas las políticas que buscan fundarse en ideas, proyectos, programas, remiten en última instancia a la tradición ilustrada y jacobina. Y todas las políticas que reniegan de esos fríos instrumentos exteriores y buscan fundar su legitimidad en la bondad y la sabiduría intrínsecas de la cultura, la religión y la tradición de un pueblo, remiten en última instancia a la tradición historicista y nacionalista anti-ilustrada.

Generalizo, desde ya. Pero es para remarcar la dificultad con la que se encuentran amplias franjas de la izquierda intelectual para discernir entre estas dos grandes tradiciones más allá de sus préstamos y sus cruces, para aceptar incluso su existencia histórica. La izquierda ilustrada —un Habermas, por citar un caso emblemático dentro de la izquierda moderada— no duda en asumir críticamente la herencia de la Ilustración. En el otro extremo, el populismo (que siempre fue anti-ilustrado) tampoco vacila en asumir su herencia. El problema se plantea para el arco de intelectuales izquierdistas que, proveniente de la izquierda ilustrada, viene haciendo suyo el programa de la anti-ilustración (ya sea por la vía del posmodernismo, ya sea por la del populismo, o por una yuxtaposición entre ambas): el reconocimiento mismo de estas dos vertientes históricamente rivales y antagónicas lo sume en una franca incomodidad. Producto de esa mala conciencia, viene llevando a cabo las más forzadas operaciones de inscripción en la tradición anti-ilustrada a esos herederos críticos de la Ilustración que fueron Gramsci, Benjamin y Mariátegui, los tres y a su modo cabalmente socialistas e internacionalistas, los tres enemigos de los nacionalismos.

La izquierda no puede sino nutrirse de esta confrontación histórica entre estas matrices rivales, que persiste en el presente. El romanticismo o el posmodernismo han planteado críticas fecundas a la Ilustración que la izquierda no puede sino conocer a fondo, y en cierto modo y hasta cierto punto, pueden nutrir su propia crítica al programa ilustrado (sin ir más lejos, en este mismo número de **Políticas de la memoria**, publicamos la crítica de Sorel al marxismo). Como señalaba Anderson en la Introducción a **Spectrum**:

La derrota es una experiencia difícil de dominar: siempre hay la tentación de sublimarla. Mas para superarla es necesario poder mirar a la cara a los adversarios teóricos, sin indulgencia ni autoengaño. Eso exige una cultura de curiosidad y crítica que no se contente con mantenerse en las tradiciones de la

propia izquierda, donde la inclinación general de las tendencias políticas al autoensimismamiento se ha intensificado en general debido a la mentalidad de sitio experimentada por cualquier formación minoritaria.

Sin embargo, la izquierda no tiene nada para ganar y tiene todo para perder si se subsume o se hibrida con el nacional-populismo. Las experiencias históricas de izquierdas subordinadas a (o integradas en) los nacionalismos terminaron no solo en penosas asimilaciones, sino en verdaderas catástrofes (desde los comunistas turcos masacrados tras su integración en el seno del nacionalismo de Mustafá Kemal, pasando por los comunistas chinos asesinados en 1927 en el marco del apoyo de la Komintern al nacionalismo de Chian Kai-Shek, hasta llegar a los Montoneros en el peronismo de los años 1970).

La izquierda no puede desconocer la penetrante crítica foucaultiana de la modernidad, pero tampoco puede olvidar que el autor de **Qué es la Ilustración** apoyó de modo entusiasta la llamada Revolución Islamista del Ayatolah Komeini: una verdadera contra-revolución teocrática que, por otra parte, ni siquiera se privó de actualizar las viejas tecnologías religiosas de dominación con otras más modernas de propaganda, vigilancia y guerra. Entonces, si cuestionamos desde la izquierda “las ilusiones del Progreso”, debemos saber también que si renunciamos de antemano a establecer colectivamente (políticamente) cualquier criterio de valoración y elección entre dos culturas, dos etapas o dos regímenes, el desarme teórico es fatal. Ya no sería posible, siquiera, hablar de revoluciones o contrarrevoluciones, términos que no harían más que delatar megarrelatos de inspiración teleológica...

Los significativos avances que, con respecto al ciclo neoliberal, representan los nuevos gobiernos nacional-populistas latinoamericanos —quienes, con sus enormes variantes, expresan la emergencia todavía insegura de un nuevo ciclo neo-desarrollista en el continente— deberían ser un punto de reconocimiento y de partida para la izquierda. Su tarea, precisamente, no nace de su eventual fracaso: al contrario, comienza más allá del keynesianismo. La izquierda dogmática, sin embargo, los tiene que negar, pues hace años que viene anunciando apocalípticamente el Fin del capitalismo y, por lo tanto, la inviabilidad de cualquier retorno neokeynesianismo (mucho más en la periferia capitalista). Para el Partido Obrero (PO), el Partido de los Trabajadores Socialistas (PTS) o el Partido Comunista Revolucionario (PCR), el kirchnerismo es lisa y llanamente inconcebible. Otro sector de la izquierda asistió atónito al acontecimiento que fue incapaz de concebir: entonces arrojó lejos los trastos de la teoría y se prosternó ante los hechos. Tampoco puede pensar el kirchnerismo, solo puede racionalizarlo.

Entre la izquierda dogmática, por un lado, y la pragmática, por otro, ha quedado un margen estrecho, pero sin embargo es posible vislumbrar que una izquierda virtual habita allí: no tiene expresiones políticas, pero está presente y activa en espacios sociales, culturales e intelectuales muy diversos. La apuesta política potencial de ese sector, ante la eficacia de los populismos realmente existentes, generadores de cambios sociales (no revolucionarios pero significativos) y verdaderas maquinarias de construcción y reproducción de poder, es, pues, difícil, pero no imposible. Por lo

pronto, no tendría por qué pagar el costo de negar la realidad, ni tampoco el de mimetizarse con ella.

Entonces, si ha de haber un movimiento socialista en el siglo XXI digno de ese nombre, o que recupere la dignidad que una vez tuvo ese nombre, será sobre la base de renovar, reactualizando y reformulando la promesa emancipatoria, universalista e internacionalista del siglo XIX, por lejana que nos parezca hoy. La izquierda de raíz ilustrada, en sus vertientes más ricas (de Lukács a Gramsci pasando por Benjamin y Adorno) hace casi un siglo que viene poniendo en cuestión el racionalismo abstracto, el determinismo tecnológico y la teleología con que se informó buena parte del proyecto socialista del siglo XX. Sin embargo, hay algo del proyecto ilustrado al que la izquierda no puede renunciar, a riesgo de dejar de ser sencillamente izquierda: a postular un programa que imagine, que anticipe, por así decirlo, la realidad, proyecto concebido conforme a los postulados de la razón, por más historizada, consensuada, anti-instrumental y deseante que hoy concibamos a dicha razón.

El enorme desafío, entonces, consiste en articular un nuevo proyecto civilizatorio pluricultural que logre exceder los marcos nacionales y estatales de las burguesías locales, capaz de construir vínculos e instituciones más allá de las relaciones mercantiles, que pueda imaginar y ensayar formas de organización y gestión colectivas de la economía, las comunicaciones, los transportes y el conjunto de la vida social y política más allá de la oposición irreductible entre nacionalismo e imperialismo, Plan y Mercado, control central total y “mano invisible”; sin que quedemos atrapados en el chantaje de tener que escoger entre el burócrata y el capitalista, entre las “manos sucias” del Comisario y la “pureza” del Alma bella.

Ciertamente, es un proyecto que está lejos de las prácticas políticas de la izquierda dogmática que domina el presente, un proyecto que podría nutrirse de Gorz, del ecosocialismo y demás utopías posindustriales, de la voluntad de exceder la sociedad salarial a través de la extensión de las asignaciones universales y de la esfera del trabajo no asalariado, así como de los “modelos de socialismo” postulados por autores como Robin Blackburn, Diane Elson, Jon Roemer o Erik Olin Wright, basados no en la negación imaginaria y burocrática de un mercado abolido por decreto el Día Después de la Revolución, sino en su progresiva socialización. Proyecto de discusión colectiva, de reelaboración y refundación de mediano y largo aliento, que no espera cosechar éxitos políticos inmediatos, sino que necesita —como postulaba Perry Anderson una década atrás— una combinación de realismo crudo en el diagnóstico, intransigencia frente a los poderes dominantes y crítica radical de los mitos que atan a los oprimidos a su pasado: “Hoy en día, es el espíritu de la Ilustración, antes que los evangelios, lo que más nos hace falta”.

Un proyecto, pues, que dé cabida a los anhelos libertarios, internacionalistas, solidarios y universalistas de todos aquellos que aspiramos a un mundo distinto del que nos ofrecen, por una parte, el capitalismo globalizado, y por otra, como premio consuelo a las desdichas de la izquierda, los nacional-populismos realmente existentes.

